



PROMOCIÓN
DIECISIETE

anyany

FUNDACIÓN
ANTONIO GALA
PARA JÓVENES
CREADORES





Copyright de la edición:

Fundación Antonio Gala para Jóvenes Creadores
Decimoséptima Promoción 2018-19

Copyright de las obras:

Brayan Chipana, Khadija El Fhal, Carla M. Nyman, Cloy Mendoza, Rako, Enrique Javier Sanz Zamora,
Irene Saravia Enrech, Gerard Serra, Paula Valdeón Lemus, Guillermo Velasco Páez

Depósito Legal: xxxxxxxxxxxxxx

Imagen de portada:

Diseño y maquetación:

MONDOCANE SLU - Braulio Valderas

Imprime:

Gráficas Galán





ÍNDICE

Carta de Antonio Gala a los Residentes	5
Memoria de actividades 2018/2019	6

RESIDENTES

BRAYAN CHIPANA	12
KHADIJA EL FHAL	18
CARLA M. NYMAN	24
CLYO MENDOZA	30
RAKO	36
ENRIQUE JAVIER SANZ ZAMORA	42
IRENE SARAVIA ENRECH	48
GERARD SERRA	54
PAULA VALDEÓN LEMUS	60
GUILLERMO VELASCO PÁEZ	66





... y de ilusión
no hasta me
sant ante
ide or bend
must of



En este cuaderno a modo de memoria de la decimoséptima promoción quería hablaros del éxito, sobre lo temible y peligroso del éxito. Y es que en la sociedad y en el país en que vivimos, lo terrible del éxito no es nunca que envanezca, sino que inutilice y que invalide. No creo que el éxito, en sí mismo, sea más peligroso que el fracaso, siempre que no lo consideréis como algo esencial que esencialmente os afecta. Ni el fracaso ni el éxito son más que resultados de cara al exterior. Habéis de trabajar, a solas, de acuerdo con vosotros. De lo que venga después, Dios dirá, y a quien Dios se la dé, san Pedro se la bendiga.

De cuantas fidelidades debéis responsabilizaros, la primera es la fidelidad a vosotros mismos: sin ella, todas las restantes estarán falseadas. La búsqueda del éxito es tan estúpida como la del fracaso: uno y otro son meras consecuencias accesorias, que no tienen por qué intervenir en el proceso de la creación (y de creadores, es decir de vosotros, estoy hablando). Un trabajo realizado con entrega, con amor, con esfuerzo, sólo en último término exige verse ratificado por el éxito. Y jamás por un éxito bullanguero, revisteril, ensordecedor y aparatoso. El único éxito fértil es el de ser aceptado y entendido. El único éxito estimulante consiste en que ese trabajo, que os ayuda a cumplirlos, ayude a cumplirse también a alguien más.

Habéis nacido en un mundo lleno de componendas que no habéis inventado. Un mundo que no se abandona ni a la embriaguez ni al ascetismo; ni a lo dionisiaco ni a lo apolíneo. Un mundo cuyo ideal no es la entrega de un proyecto común y personal, sino la conservación de una pequeña parcela con un chalé adosado. Un mundo que no soporta lo absoluto ni lo incondicional; que no es ardiente o frío, sino tibio tan sólo. ¿A costa de qué consigue este mundo la subsistencia, la instalación y la seguridad que son sus valores más preciados? A costa de la pasión, de la intensidad, de la esplendidez en la vida y en los sentimientos. Se conforma con una tranquilizada e inconsciente conciencia en lugar del vendaval de Dios. Se conforma con una mediocre satisfacción en lugar del entusiasmo. Se conforma con un desentendido bienestar en lugar de la libertad soliviantada. Se conforma con el provecho en lugar del riesgo; con agregarse a la mayoría silenciosa en vez de levantar la voz hasta los cielos.

De tal actitud habéis de huir más aún que de la peste. Entonces os encontraréis desconcertados e inseguros: bendito desconcierto. La verdad se vive, no se enseña; es el resultado de incalculables luchas y de infinitas vacilaciones. El peligro más grave está en los premios de consolación con que nos contentamos. El más grave albur es querer cobijarse a cualquier precio en lugar de vivir a la intemperie: los techos bajo los que nos protegemos suelen caérsenos encima y aplastarnos. No hay fórmulas redentoras, ni normas incontestables. Por encima de todo reina la vida: desordenada, injusta en apariencia, caduca e inmortal al mismo tiempo.

Me consuela pensar que vosotros no habéis sido vencidos aún; que la sociedad fue hecha para el ser humano y no al revés como parece creerse; que lucharéis, mientras viváis, a favor de vuestra vida y de vuestra plenitud; que os desvelaréis en la consecución de cuanto necesitéis, de arriba o de abajo, para cumplirlos altivamente de uno en uno.

Antonio Gala



Memoria de actividades

Actividades permanentes: Programa de visitas guiadas a la sede de la Fundación Antonio Gala y a la exposición permanente Recuerdos de Antonio Gala.

Visitas guiadas gratuitas a escolares de educación primaria y secundaria, bachillerato, universitarios y colectivos, con reserva previa.

Del 17 al 28/9. La Fundación Antonio Gala acoge los ensayos de la producción “Gala contra Gala”, que se incluirá en el programa de la Semana de Gala del próximo mes de noviembre.

17/10. Inauguración de la exposición “Quietud agitada”, del artista plástico Salvador J-Donaire, quien fue residente de la decimoquinta promoción de la Fundación Antonio Gala. Está abierta hasta el 8 de noviembre.

18/10: Inauguración del curso 2018-2019, con un acto de bienvenida a la XVII promoción de jóvenes creadores.

22/10: Presentación del primer número de la revista Quaderni Mediterranei, una revista poética bilingüe, en italiano y español, editada por Silvestro Neri y Lorenzo Cittadini, con la presencia del poeta Pedro J. Plaza.

25/10: Reunión ordinaria del Patronato de la Fundación Antonio Gala.

26/10: Concierto del cantautor Javier Salmerón, quien presenta su disco “De noviembre a julio”, en el que ha puesto música a los poemas de Julio Mariscal.

29/10: Sesión de trabajo con el artista plástico Brayan Chipana.

31/10: Sesión de trabajo con la escritora Khadija El Fhal.

2 de noviembre: Sesión de trabajo con el artista plástico Rako.

3 y 4/11: El guitarrista y compositor Guillermo Fernández graba su disco “Íntimo” en la Fundación Antonio Gala.

5/11: Sesión de trabajo con la escritora Carla M. Nyman.

5 al 16/11: Ensayos de la compañía de actores que van a llevar a cabo la producción “Gala contra Gala” en el marco de las actividades de la Semana de Gala.

9/11: El grupo poético Los Bardos, de Madrid, presenta la antología poética “De viva voz”, publicada por Ediciones De la Torre en una edición de Marina Casado.



12 al 18/11: Celebración de la I Semana de Gala, con el siguiente programa:

12/11: Inauguración, con la alcaldesa, el consejero de Cultura de la Junta de Andalucía y el vicerrector de la Universidad de Córdoba.

- **12.30 h.** Inauguración de la exposición de objetos personales de D. Antonio Gala, “Mínimos capítulos”.
- **18.00 h.** Inauguración de la exposición “01, 02, 03”, de obras de los residentes de las tres primeras promociones de la Fundación Antonio Gala.
- **19.30 h.** Encuentro entre el periodista Jesús Vigorra y el presentador Jesús Quintero.

13/11: 11.00 h. Taller infantil de retrato para escolares de Educación Primaria.

- Inauguración de la exposición sobre 40 años de teatro de Antonio Gala “La vida de otra manera”.
- Fallo del I Certamen Literario Biblioteca Fundación Antonio Gala.

14/11: 9.30 h. I Concurso de Pintura Rápida Antonio Gala para Jóvenes Creadores.

- **11.00 h.** Taller de retrato para escolares de Educación Primaria.
- **18.00 h.** Entrega de premios del I Concurso de Pintura Rápida Antonio Gala para Jóvenes Creadores.
- **19.00 h.** “Antonio Gala y Medina Azahara”. Proyección del capítulo “Azahara” de la serie Paisaje con figuras y posterior mesa redonda. Con la participación de M^a Jesús Viguera Molins, catedrática de Estudios Árabes e Islámicos de la Universidad Complutense, Pablo García Casado, responsable de actividades de la Filmoteca de Andalucía, y Alberto Montejo, director del Conjunto Arqueológico Madinal Al-Zahra.

15/11: 10.00 h. Apertura del III Congreso Internacional El Arte de la Comunicación.

- **11.00 h.** Conferencia “Un cancionero andaluz: los sonetos de La Zubia”, a cargo de Andrés Amorós Guardiola, de la Universidad Complutense.
- **12.30 h.** Conferencia “Valete, mea Desideria. La construcción de la subjetividad del personaje en La Pasión Turca”, a cargo de Clara Cobo Guijarro, de la Universidad de Santiago de Compostela.
- **20.00 h.** Françoise Dubosquet Layris ingresa en la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba con la conferencia “Antonio Gala: Un cante jondo”.
- **21.00 h.** Concierto de la Camerata Capricho Español-Fundación Antonio Gala.

16/11: 10.30 h. Conferencia “Cuando la columna se hace literatura”, a cargo de Françoise Dubosquet Layris, de la Universidad de Rennes (Francia).

- **12.00 h.** Conferencia “Ahora hablaré de... Antonio Gala”, a cargo de José Romera Castillo, de la Universidad Nacional de Educación a Distancia.

- **18.00 h.** Té de Gala. Conversación con el autor, director e intérpretes de la obra teatral “Gala contra Gala”.
- **20.00 h.** Lectura del libro “Sonetos y otros poemas”, de Antonio Gala, publicado por Editorial Eirene.

17/11: 11.00 h. Visitas guiadas a la Fundación Antonio Gala para Jóvenes Creadores.

- **12.00 h.** Entrega de premios del I Certamen de Poesía Infantil Antonio Gala.
- **20.00 h.** Estreno mundial de la obra teatral “Gala contra Gala”.

18/11: 12.00 h. Concierto de clausura de la Semana de Gala. Clara Montes canta a Antonio Gala.

20/11: Sesión de trabajo con la escritora Clyo Mendoza.

23/11: Inauguración de la exposición “El fotógrafo y el artista”, una experiencia de fotografía inmersiva desarrollada por el fotógrafo José González Arenas y José Manuel Rosario.

27/11: El grupo de residentes de la XVII promoción visita la Mezquita de Córdoba.

28/11: Sesión de trabajo con el pintor Enrique Javier Sanz Zamora.

4/12: Sesión de trabajo con la escritora Irene Saravia Enrech.

5/12: Concierto de la Camerata Capricho Español-Fundación Antonio Gala en el Palacio de Congresos de La Línea de la Concepción.

11/12: Visita a la Fundación Antonio Gala del director de Cultura de la Universidad de Córdoba, José Álvarez.

11/12: Sesión de trabajo con la artista Paula Valdeón Lemus.

12/12: Sesión de trabajo con el escritor Gerard Serra.

14/12: Los residentes de la XVII promoción de jóvenes creadores de la Fundación Antonio Gala visitan el Conjunto Arqueológico de Madinat Al-Zahra.

14 al 16/12: El escritor Ramón Pernas visita la Fundación Antonio Gala para trabajar con los residentes.

18/12: Sesión de trabajo con el artista Guillermo Velasco Páez.

20/12: Comida de Navidad con residentes, empleados y patronos en la Fundación Antonio Gala.

11/1 al 15/2: Exposición El retorno del fenicio, del escultor Douglas Abdell.

14/1: El ministro de Cultura, José Guirao, visita la Fundación Antonio Gala.

15/1: Presentación del libro Desde el Sur te lo digo, una edición de Pedro J. Plaza con poemas malagueños de Antonio Gala.

22/1: Sesión de trabajo con el artista Brayan Chipana.

23 y 24/1: Visita del crítico de arte Javier Rodríguez Marcos.

30/1: Reunión ordinaria del Patronato de la Fundación Antonio Gala.

4/2: Sesión de trabajo con la escritora Khadija El Fhal.

5/2: Sesión de trabajo con el artista Rako.

12/2: Presentación del libro de Alba Carballal, Tres maneras de inducir un coma (Seix Barral), a cargo del escritor Dimas Prychyslyy.

13/2: Sesión de trabajo con la escritora Carla M. Nyman.

15 al 17/2: Visita del escritor Juan Gómez Bárcena.

19/2: Sesión de trabajo con la escritora Clyo Mendoza.

20/2: Sesión de trabajo con el artista Enrique José Sanz Zamora.

25 y 26/2: Visita del diseñador de moda Petro Valverde.

27/2: Sesión de trabajo con la artista Paula Valdeón Lemus.

6/3: Sesión de trabajo con el artista Guillermo Velasco.

8/3: Visita del pintor Sergio Romero Linares.

12/3: Sesión de trabajo con la escritora Irene Saravia Enrech.

13/3: Sesión de trabajo con el escritor Gerard Serra Porcel.

15/3 al 10/5: Colaboración con la XVII Bienal de Fotografía de Córdoba.

La Fundación es una de las sedes de la XVII edición de la Bienal de Fotografía de Córdoba, acogiendo una de las exposiciones temporales que forman parte de la programación de este certamen.

23/3: Concierto de la Camerata Capricho Español-Fundación Antonio Gala y el Coro Ziryab en la iglesia de La Magdalena, con el programa Requiem de WA Mozart y Lux Aeterna de Rubén Jordán.

26/3: Presentación del libro Dos arbolitos Locos (Lorca para niños y mayores), con la traducción de poemas de Lorca al inglés de Carla M. Nyman, publicado por Ediciones En Huida.

26/3: Sesión de trabajo con el artista Brayan Chipana.

27/3: Presentación de la novela Recordaré abril, de Alberto de la Rocha, obra ganadora del I Certamen Literario Biblioteca Fundación

Antonio Gala- Editorial Planeta. Presentación a cargo de las escritoras Tania Padilla y María Zaragoza. Actividad enmarcada en la programación de la Feria del Libro de Córdoba 2019.

30 y 31/3: Visita de la escritora Cristina Morales.

2/4: Sesión de trabajo con la escritora Khadija El Fhal.

3/4: Visita de la escritora Nerea Riesco. Sesión de trabajo con el artista Rako.

4/4: Mesa redonda “Narrativa joven: el reto de publicar”, con la participación de los escritores María Zaragoza, Alba Carballal, Alberto de la Rocha y Tania Padilla.

Actividad enmarcada en la programación de la Feria del Libro de Córdoba 2019.

5/4 y 6/4: VII Encuentros Interartísticos de la Fundación Antonio Gala para Jóvenes Creadores. Conferencias, encuentros, jornadas de puertas abiertas, visitas guiadas y talleres infantiles.

7/4 al 9/4: Visita de la escritora Sara Torres.

9/4: Presentación del poemario Phantasmagoria, de Sara Torres, publicado por La Bella Varsovia, con una performance con imágenes de Marta Velasco y paisajes sonoros de Ana Quiroga.

10/4: Sesión de trabajo con el artista Enrique Javier Sanz Zamora.

23/4: Sesión de trabajo con la escritora Irene Saravia Enrech.

24/4: Sesión de trabajo con la artista Paula Valdeón Lemus.

29/4 y 30/4: Visita del escritor Javier Vela. Presentación de la novela de Javier Vela, La tierra es para siempre (Ed. Macleín y Parker), a cargo de la escritora Carla M. Nyman.

30/4: Sesión de trabajo con el escritor Gerard Serra Porcel.

2/5: La Fundación Antonio Gala recoge el premio Cordobeses del Año 2018, concedido por el Diario Córdoba.

7/5: Sesión de trabajo con el artista Guillermo Velasco.

15/5: Concierto de Clausura del Curso 2018-2019, a cargo de la Camerata Capricho Español-Fundación Antonio Gala.

16/5: Visita del escritor Ben Clark.

17/5: Acto de clausura del curso a cargo de la XVII Promoción de Residentes de la Fundación Antonio Gala para Jóvenes Creadores. Inauguración de la exposición de artes plásticas XVII Promoción.

17/5 al 30/6: Exposición de obras de los artistas plásticos residentes de la XVII Promoción de la Fundación Antonio Gala para Jóvenes Creadores.



BRAYAN CHIPANA

KHADIJA EL FHAL

CARLA M. NYMAN

CLYO MENDOZA

RAKO

ENRIQUE JAVIER SANZ ZAMORA

IRENE SARAVIA ENRECH

GERARD SERRA

PAULA VALDEÓN LEMUS

GUILLERMO VELASCO PÁEZ

Diecisiete Promoción



BRAYAN CHIPANA

Lima (Perú). 1992

Graduado en la Facultad de Bellas Artes del País Vasco (UPV/EHU) decide continuar sus estudios cursando un Máster Profesional en Pintura. Ha participado en diferentes exposiciones colectivas de las que cabe destacar la titulada *Vox Veritatis* en el Pabellón Universitario del Campus de Vitoria-Gasteiz (Álava, 2017). Su primera exposición individual *Recuerdos petrificados* ha tenido lugar en la Torre de Ariz en Basauri (Bizkaia, 2018). Entre los galardones obtenidos en su labor como pintor destaca el primer premio en el *VII Certamen de arte Hotel Carlton* en Bilbao (2017).

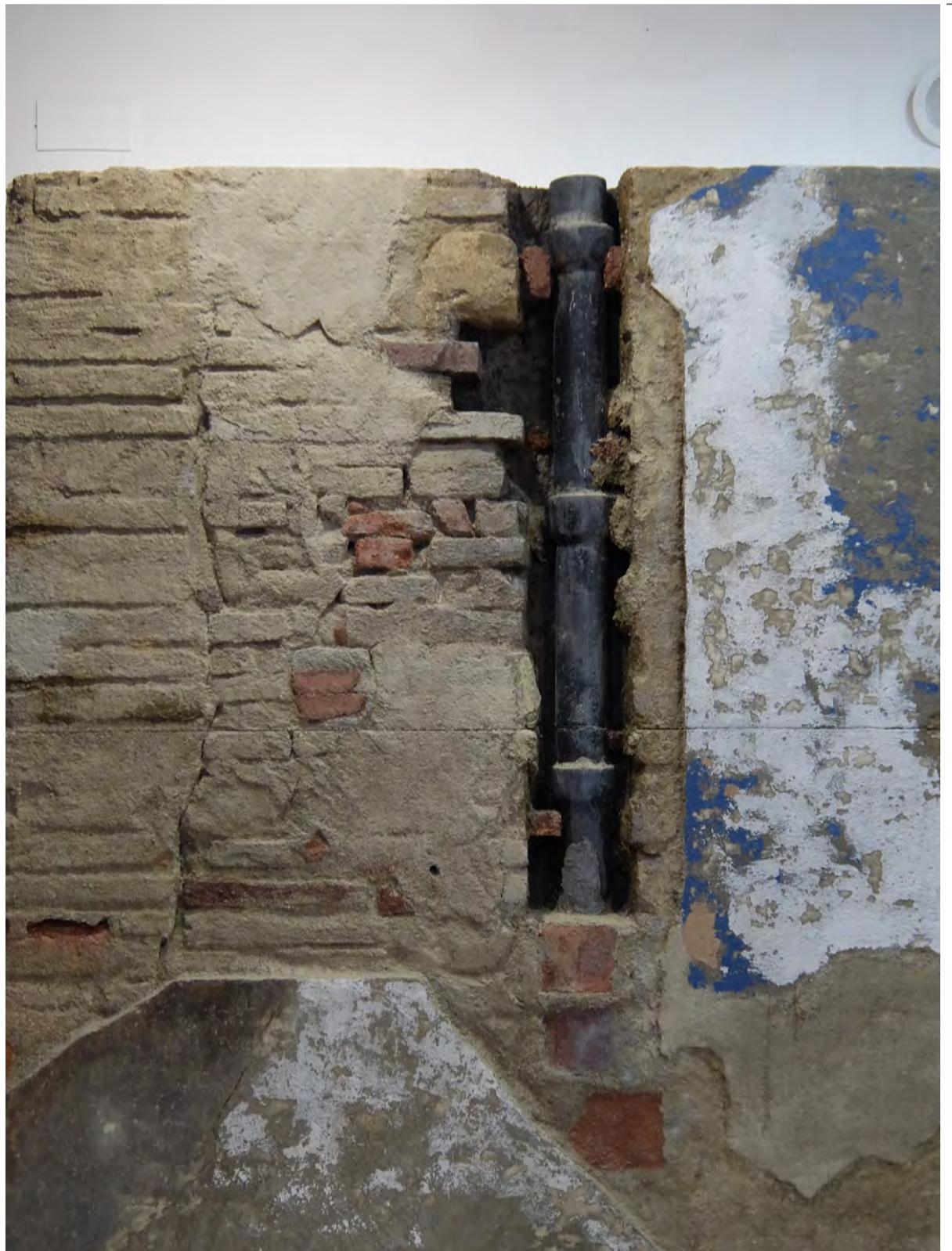
En la obra de Brayan Chipana podemos ver espacios y fragmentos de muros, trozos de la urbe que manifiestan su sensibilidad hacia lo que habitualmente pasa desapercibido.

Sea pintura, dibujo o relieve, Chipana muestra la plasticidad potencial que hay en cada rincón y esquina, reflexiona sobre lo efímero y lo fugaz de la vida, sobre la creación y su trascendencia más allá de la existencia.

Muestra especial interés en las huellas dejadas por el ser humano, en los indicios que se acumulan con el tiempo y generan un sentimiento de nostalgia.

Los espacios que alguna vez fueron habitados evocan la esencia del individuo que, aunque no esté presente, permanece en su recuerdo. Sus trabajos son contenedores de experiencias, expositores de vestigios y huellas humanas, solitarias, olvidadas por el paso del tiempo.





Muro al sol
200x180 cm
Pintura acrílica, cemento, emulsión
vínica sobre poliestireno



Lodo
8,2 x 24,2 cm
Óleo sobre cobre



Apunte fachada
12,7 x 18,7 cm
Óleo sobre cartón



Apunte fachada
12,7 x 18,7 cm
Óleo sobre cartón





Sin Título
100 x 100 cm

Pintura acrílica, cemento, emulsión vítlica y poliestireno sobre madera





Naranja negra
36,2 x 35 cm
Óleo sobre panel



Estudios para el cuadro "Naranja negra"
14 x 15 cm
Óleo sobre cartón





Sin Título
100 x 100 cm

Pintura acrílica, cemento, emulsión vínicica y poliestireno sobre madera





CLYO MENDOZA

Oaxaca, México, 1993

Sus textos aparecen en antologías mexicanas como *Poetas parricidas* (Cuadrivio, 2014), en la *Antología en Homenaje a José Emilio Pacheco* (Cantera verde, 2009), en la antología española *Los reyes Subterráneos. Veinte poetas jóvenes de México* (2015), editado por La Bella Varsovia, en la antología peruana *Todo pende de una transparencia. Muestra de poesía mexicana reciente* (Vallejo & Company, 2016) y en *Tiembla* (Almadía, 2018). Estará incluida en *Liberoamericanas, 80 poetas contemporáneas*, edición impresa en Argentina y Uruguay, de la plataforma editorial Liberoamérica. Ha sido invitada en el festival de poesía de *Trois rivières*, en Québec y la *Feria Internacional del libro de La Habana* y fue becaria del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes de México. Es autora de *Anamnesis* (Cuadrivio, 2016) y de *Silencio* (Fondo editorial del Estado de México, 2018), libro por el cual obtuvo el Premio Internacional de Poesía Sor Juan Inés de la Cruz. Bajo el cobijo de la Residencia de la Fundación Antonio Gala empezó un libro sobre los estados alterados de la conciencia inspirado en la vida de la escritora Unica Zürn y su relación con Henri Michaux y Hans Bellmer.



Greta

Los chicos siempre seguían a Greta. La seguían a todas partes y ella no se enteraba, porque no se daba cuenta de lo atractiva que era. Cuando salía de compra por el pan, ya estaban los chicos afuera de la tienda fingiendo jugar a cualquier cosa. Cuando ella atravesaba hacia la acera, los muchachos sólo tenían frente a sus ojos la espalda de Greta, que bien pudo haber sido la espalda de cualquier otra, pero para verla cruzar tenían que detenerlo todo.

Después de ese trance, sólo hablar de vulgaridades hacía posible quebrar el silencio donde la imagen de ella restaba clara. En cuanto hablaba alguno, todos quedaban al margen de sus fantasías, porque la espalda de Greta se disolvía entre recuerdos de revistas porno y sus mutuas masturbaciones. Ya sería camino a casa, o en soledad antes del sueño, cuando cada uno de ellos se entregaría con verdadera devoción al recuerdo de un fragmento de ella.

Un día acostumbrado, a la hora correcta, esperaron a Greta afuera de su casa para escoltarla en secreto hacia la compra, pero Greta no salió. Al día siguiente, puntuales, esperaron en el mismo sitio, pero de ella ni rastro. No fue sino días después que uno de ellos la vio pasar. Se quedó quieto por el asombro y ella lo alcanzó con la vista, dirigiéndole una sonrisa automática y vacía. En otro momento, aquel adolescente hubiera dado todo por recibir una sonrisa de Greta, pero una vez que aquello había sucedido ya sólo tenía miedo. Parece otra, pensaba el chico cuando se sintió visto y giró. En la ventana de la casa de ella vio a una sombra asomarse. Aquel rostro babeante, las grandes garras de un viejo sacudiéndose de un lado a otro en un saludo, lo dejaron entumecido. ¿Cómo podría explicarles a sus amigos aquella sensación? Se limitó a decir que el trasero de Greta se veía muy gordo en ese día soleado. Así es como tradujo su desazón. Los otros chicos, que también querían saber si ella se encontraba bien, tomaron aquel comentario como una afirmación a su pregunta nunca hecha y se limitaron a seguir diciendo lo que creían que el otro estaba esperando escuchar. Que si los senos de Greta, que si el tamaño de los genitales, que si los pelos.

La noche llegó tibia y se quedaron hablando hasta muy tarde. Planearon nuevas rutas para seguirla, trazaron caminos imaginarios usando la calle como su pizarra, y le dieron nombre de *Operación número tal* a esa nueva forma de persecución y escudriñamiento.

El primer día de su juego, vieron a Greta pasar corriendo hacia el río. Corría como si su pelvis le llevase y sus brazos colgaban a los costados como simples bultos largos. Les sorprendió su falta de coordinación, de gracia; su torpeza. Alguno sugirió cambiar de ruta (ir a mirar a la vieja que se bañaba al sol ese día) y los demás aceptaron. Su obsesión por Greta fue mermando con los días. Alguno creyó, sin manifestarlo, que su deseo había mutado en miedo.

Ese semblante no era el mismo: Greta tenía ahora la mirada perdida, arranques de risa, la manía de hacer y deshacer bolas de tierra amasadas con su saliva.

Si Greta siempre estaba sola, ahora se notaba que había llegado al clímax de su afinidad consigo misma. Ya dialogaba, se contaba chistes, cosas locas. Siempre ella con ella. Ninguno de los chicos llegaba a las conclusiones acertadas. Se limitarían a decir lo mismo que sus padres: *las mujeres están locas, las chicas envejecen y pierden la gracia. Sus pechos ni siquiera están tan grandes. Ni que estuviera tan buena.*

Pasarían los días. Aquél niño que se había sorprendido antes que todos por la sonrisa hueca de la muchacha, decidió seguirla. Greta salía de su casa; una vez más iba como si fuese impulsada por un ser alojado en su tripa y meneaba la cabeza como si ésta fuera una bolsita llena de agua. Greta tenía la cara roja de tan tostada, su nariz respingaba en un tono fluorescente cuando a causa del brillo facial el sol le daba de frente. Se veía que había pasado horas tendida bajo el cielo del verano haciendo nada.

El chico la seguía mientras ella se encogía hasta hacerse muy pequeña y atravesaba el muro que cercaba el río. Pasaron a través de un hueco húmedo donde al apoyar los dedos se sentía como el tacto suave y frío de una serpiente. Todo estaba muy oscuro, pero al fondo de ese breve túnel la luz atravesaba los tallos y los pistilos irradiando una luz verde. La maleza anunciaba una salida.

Greta no se daba cuenta de que él la seguía. Iba platicando consigo misma y a grandes carcajadas. El muchachito tuvo miedo. Pero algo lo alentaba: la primera vez que había visto a Greta en su miserable vida.

Por ese entonces los escotes de Greta dejaban a la vista sólo una planicie de carne morena. La encontró una noche en que había salido a dar un paseo, porque en casa su padre había golpeado a su madre mientras ella callaba sus propios gritos con una almohada para que no la escucharan los vecinos.

Él iba por la calle, pensando. Pensando en lo que piensa un niño cuando tiene diez años, un niño solo que no entiende y que tampoco se cuestiona si su situación podría ser otra, pues lo que tiene es todo lo que conoce. Iba pateando basura, pero no para llamar la atención, él ya pateaba al andar con cierto automatismo, tenía cierta actitud de artefacto industrial llevando algo a cuevas, con ritmo constante, aletargado. Iba pensando en eso que no podía describir. Fue ahí cuando alzó la vista y vio a aquella niña alta que llevaba de la mano a un viejo babeante.

Mientras el muchacho baja el barranco tras Greta sigue pensando en esa noche. No sabe si fue el contraste de aquella ciudad con sus calles meadas, de aquel horrible hombre junto al ser diáfano de ella lo que lo impactó tanto, pero Greta parecía una aparición, la manifestación de que había algo más que esas noches de gritos.

El niño voltea la vista. La ha perdido.

Allá abajo sólo queda agua. *¿Se habrá lanzado Greta al río?* Se pregunta, aunque antes de contestarse ya se ha lanzado él también cuesta abajo y en dos segundos se imagina que la salva y ella vuelve a ser la de antes. Y tienen niños y luego tienen nietos y sus nietos tienen nietos y todos crían grandes vacas llenas de leche. ¿Por



qué un sueño tan sencillo tiene que ser tan arduo? El chico se detiene de golpe. Cree haberla visto en aquella roca. Sí, es ella. Se está desvistiendo. Se desabotona el vestido y debajo del vestido no lleva nada puesto, él alcanza a ver unos pezones achocolatados. Ella se quita las sandalias y se acuesta sobre la piedra con los brazos extendidos. El chico se acerca, el chico no puede detenerse, va hacia ella atareado. Justo antes de llegar, algo lo detiene. Ya se ha quitado de la cabeza, tras unos segundos de pensarlo, todo lo que podría hacer con ella estando los dos solos, sin nadie alrededor. Algunas veces es como si su padre le diera órdenes desde su propia sangre. Ya su padre ha muerto, pero a veces le grita: haz esto. Y si no fuera porque lo odia todavía, le haría caso.

El muchacho está oculto detrás de una piedra, mirando la ligera ondulación que hace ese cuerpo en el lugar donde se levanta un pubis ligeramente oscurecido. Hipnotizado por la primera vez ante un cuerpo femenino (que no fuera el de su madre) el muchacho mira cómo Greta empieza a temblar con los ojos en blanco mientras un animal le sale de las piernas. Tras ese animal viene otro, y otro, y otro y otro, hasta que un ejército de esos animales no tan diminutos toma el sol junto al cuerpo de Greta. Sería difícil adivinar qué tipo de mamíferos o insectos son, sería difícil saber si son atornasolados o son transparentes, parecen extrañas salamandras y tienen la cara como los recién nacidos. El chico horrorizado entiende de pronto: *con que era esto, ¡era esto! Quien me sonreía no era Greta, lo sabía, eran estos intrusos, han ocupado su cuerpo, hay que hacer algo.* Y con una rabia casi erótica (en tanto que en ella va contenido su deseo) se abalanza contra los animales y va despanzurrándolos uno a uno, con destreza, con cierta envidia. Bajo sus pies, los animales al morir se sienten como reventar globos llenos de agua. Y así se rompen: en riada. Como si todos ellos estuviesen hechos de caldo y carecieran de cartílagos y armatoste. Cansado, preso ya sólo de su terror, descubre el cuerpo de Greta, con los brazos extendidos, bajo el sol del verano. Va hacia ella para reanimarla y al tomarle de la mano se da cuenta: Greta estaba vacía.

Hoy esperamos visita

Su nombre es Francisco y suele mandarse regalos a sí mismo. Se manda regalos envueltos en papel dorado y, ante el asombro de todos sus vecinos que no se explican cómo, él recibe en la puerta de su modesto domicilio cada semana un montón de cajas de regalo que les quedan excesivamente grandes a las cosas que llevan dentro. Una mañana decide superarse a sí mismo y enviarse algo vivo. El ser vivo llega muerto o muere en la espera. Y es que Francisco trabaja de 8 de la mañana a 8 de la noche y en el tiempo intermedio él debe ser para el trabajo. Así se le ha entrenado con dinámicos videos y audios sobre *EL DEBER Y EL SERVICIO*.

Francisco (que ha encargado a su madre anciana hacer entrar el paquete) encuentra a su ser vivo ya agonizante y ni con toda el agua tibia de la bañera logra salvarlo de esa terrible hipotermia. Hay que decirlo: Francisco vive en un país gélido a pocos metros sobre el nivel del mar, lo que quiere decir que el mar que logra evaporarse se congela en el aire, abatiendo a todos con un viento helado. La gente no puede mirarse a los ojos, porque el frío hace salir a las



lágrimas y las lágrimas congeladas empañan todo lo que se mira.

Francisco no está satisfecho. Francisco decide enviarse a sí mismo por correo para superarse. Ha leído la maravillosa historia de una mujer cubana que intentando salir de su país se lanzó por mensajería, reducida por las paredes de una caja, en posición de defecar, silenciosa para no ser descubierta. La mujer llegó a otro país, sana y salva, aunque víctima de terribles calambres.

Francisco elige la caja, contrata un hombre para que la forre de papel dorado. El hombre que fue contratado para forrar la caja no se explica ese extraño trabajo, sólo agradece el cuantioso pago y no hace preguntas. No puede evitar inventarse historias en su propia cabeza, pero queda preso de una obligada discreción porque contra las expectativas, ese extraño trabajo ni siquiera tiene la calidad para una anécdota.

Francisco es enviado por correo. Francisco llega a su propia casa. Es la caja envuelta de dorado más grande nunca antes vista por los vecinos, que se mueren de envidia. Algunos se quedan expectantes, con el pretexto del paseo, con vista hacia la puerta de Francisco, pero se avergüenzan de sí mismos y terminan por entrar a la casa, buscando algún lugar no empañado en la ventana para mirar de lejos.

¿Quién hace esos exóticos envíos?

Francisco no sale. La nieve vuelve a llenar los huecos desde donde miran los curiosos. Francisco no sale a recibir a Francisco. Y entonces qué pasa. Nada. No pasa nada.

Muerto de sed, Francisco rompe su propia caja. Por suerte no hay nadie mirando. Entra en la casa. Se sienta, toma aire. Escucha ruidos en la cocina y, de pronto, sale Francisco con dos copas servidas de vino diciendo: -bienvenido, te estaba esperando.

Una sensación de amor tan grande

Cuando nació Nicarco se dieron cuenta de que su cerebro venía al descubierto y que entraría al mundo sintiendo una fuerte oleada de frío, pues su capa craneal era como la telita frágil que recubre al huevo justo debajo del cascarón. El cascarón venía partido justo en la parte de la cabeza que al caminar da directo al cielo, pero Nicarco no tuvo tiempo de caminar.

Estuvo en el mundo sólo doce horas y casi no lloró. Su madre tuvo que reconfigurar en ese tiempo su propia vida. Nicarco nacería para usar un nombre que ella había tardado en elegir años. Un nombre que sería usado sólo para dejar constancia en un papel de su breve paso por el mundo, un nombre elegido para pasar a formar parte de la burocracia de la muerte.





Tantos años planeando el momento de la llegada: la elección del sitio para ir a procrearlo (una casa en el bosque) y el hombre que formaría parte. Para llegar ahí se habría hecho de un trabajo, gastos, la vida, un perro, una casa sin escalones donde el niño no corriera el riesgo de romperse. Habría trabajado por ello día y noche. Había trabajado para poder tener elección y para poder heredarla. Habría tenido que pelear con el tamaño de la decisión: traer un niño a un mundo, a un país, a una ciudad donde los perros se pelean hambrientos encima de los cadáveres.

La madre habría tenido doce horas para enfrentarse a la lucha del alivio contra el duelo, por un lado: el descanso, el respiro de seguir estando sola y responsable sólo de sí misma, por otro el temible dolor de la pérdida y ambas cosas mezcladas en un solo dolor y un sentimiento de culpa. Mientras, Nicarco, con el instinto pleno, mamaría con hambre. Ella, impotente y a merced, alimentaría a esa criatura fugaz y el amor haría en ella sus surcos. Nadie la habría preparado para amamantar a un cuerpo que muere y se va enfriando mientras come de los pechos rebosantes de leche, pechos que no entienden.

Un padre expectante e inútil miraría por la ventana. Ella pensaría que el dolor de los hombres es un dolor pasivo, incomprensible, luego volvería a su propio dolor, un dolor práctico, por veces en el cuerpo, por veces inubicable. De haber podido, ella hubiera dado un grito desgarrado, pero el niño dormía, caliente todavía y ella estaba maravillada por su pulso. Le conmovía verlo gesticular sonrisas suaves sin saber que eran, ni siquiera sus últimas horas: las únicas. Venitas delgadas retumbaban en la tela que debió haber sido su cráneo.

Ese día, en doce horas ella trató de explicarse los vacíos. Mentalmente hizo un paseo por las tumbas de sus muertos. Se sintió más sola que nunca. Pero a su lado, oliendo al niño, aparecería de pronto la perra blanca que estaba enterrada bajo el limonar; la abuela que eligió su mortaja y se compró su propia tumba también estaría ahí, pasando su mano sobre el hueco del niño para tantearlo. Se reirían juntas, quién sabe de qué. No habría razón ni habría consuelo. Una risa nerviosa recorrería la sala mientras afuera, vestido de azul, un padre expectante, inútil, lamentando a un primogénito, se sentaría abatido en la sala de espera. La madre citaría para su hijo a un poeta (¿existía ese poeta?) que siendo trepanado en la adultez, declaró en su única entrevista haber sentido a Dios cuando levantaron su cráneo y dejaron su cerebro al descubierto.

“Fui traspasado por una sensación de amor tan grande que me arruinó la vida en el mundo”, diría.

Algunos años después, en El Ciervo Blanco, ella era la mujer que no podría mirar los huevos, no podría mirar las cestas ni a las gallinas, ni cualquier cosa que le recordase el contacto con esa piel que debía haber nacido hueso.

(...)





KHADIJA EL FHAL

Kenitra (Marruecos). 1992

Graduada en Lenguas Modernas y sus Literaturas por la Universidad Complutense de Madrid, especializada en francés y árabe. Su trayectoria académica se ha enfocado en el estudio comparativo de la lingüística de ambas lenguas, sin obviar los intercambios sociales e históricos que unen al mundo árabe con el país galo, especialmente en el Magreb. Ha llevado a cabo pequeñas incursiones en el estudio de los manuscritos islámicos medievales. Ha publicado artículos de opinión y ensayos de temática social y política.

En la Fundación escribe su primera novela. Una historia que indaga en el pasado de dos mujeres que siguieron caminos muy diferentes y analiza las consecuencias de las decisiones tomadas, con los cambios que supusieron en sus vidas y las de sus seres queridos. El precio de la libertad, la tentación del conformismo, la búsqueda de la identidad entremezclada con un viaje personal son algunas de las temáticas que aborda la novela. Su interés radica en explorar las perspectivas femeninas y las metamorfosis que el contexto obra en sus vidas.





Una hora después estábamos de camino. Mi primo segundo sólo recibía monosílabos como respuesta a su palabrería. Quería relacionarme lo mínimo con los hombres, poco importaba si eran familia. Si le daba demasiada confianza, puede que quisiera hablar más conmigo o quién sabe. Mejor era ir sobre seguro. Ya me había arriesgado suficiente subiéndome a ese coche que parecía a punto de perder alguna de las puertas. Mi abuela y él hablaban sobre Rashida. La casa tan bonita que tenía, su trabajo como directora. Había sido la primera en ir a la universidad, en viajar al extranjero. Empezaron a intercambiar anécdotas.

—Tenía mucho carácter —contaba mi primo—. Hace unos años casi me da un golpe en la cabeza por decirle a mi hermana que me sirviera la comida. Me palpó los brazos y las piernas. *Parecen sanos, me dijo. A no ser que tengas algún problema en la cabeza que te impida coger los platos y ponértelos tú en la mesa. En ese caso, se puede arreglar con este bastón.* Era terca. Si no me hubiese levantado a por la comida yo mismo, estoy seguro de que me habría estrellado el bastón en la cabeza.

—No lo dudes —le contestó riendo mi abuela—. Cuando venía asustaba a todos. Nadie se atrevía a contradecirla. Un día obligó al merhom a calentarse él mismo el agua para la ablución. Le ofreció una caja de cerillas y le explicó que sólo había que poner el calentador sobre el fuego. *¿Has visto qué fácil?*, le espetó sin dejar de mirarle a los ojos. *Ahora podrás hacerlo tú solo cada vez que lo necesites.* Era tan tímido y pasó tanta vergüenza que desde ese momento la evitaba cada vez que la veía. *Mi marido te tiene miedo*, le confesé. *Debería tener más miedo de perderte, acabas de parirle otro hijo y en vez de dejarte descansar te pide que le calientes el agua. Hombres. Luego lloran cuando una se muere.*

Me caía bien la tal Rachida. *Los tenía bien puestos.* Me gustaba la condescendencia con que los trataba. Les hablaba como a niños pequeños, como ellos hablan normalmente a las mujeres. La conversación seguía, animada por el traqueteo del coche contra el asfalto. Pronto no todo fueron halagos.

—Parecía muy triste a veces, ¿verdad, tía? No la he visto en ninguna boda o celebración desde hace al menos cuatro o cinco años. Fadia dice que se pasaba los días encerrada en casa, leyendo o escribiendo. La soledad es dura. ¿De qué sirve tener una casa enorme, un gran sueldo si al final estás sola y no tienes a nadie? —continuó mi primo con tristeza. —Tienes razón, hijo. Cuando éramos jóvenes recuerdo que me dijo que no quería casarse jamás. *No trae más que dolores de cabeza*, repetía. Intenté hacerla entrar en razón, era hermosa y la pretendían tantos. Ella ni siquiera quería verlos. Incluso pasados los treinta seguía teniendo admiradores. No era consciente de su suerte. Yo le decía que tenía que aprovechar, que esas oportunidades no las tienen todas. No sirvió de nada. Puedes vivir lo que quieras, pero si no tienes hijos, tu vida siempre estará incompleta.

—*Al malū wal banūn*, incluso Dios en su libro sagrado nos lo dice. Los hijos y los bienes son el encanto de esta vida

terrenal. La tía que en paz descanse, no tenía más que bienes materiales sin nadie a quien dárselos, ni nadie que la cuidase.

Empezaba a marearme por los volantazos que daba mi primo al tomar las rotondas que había al entrar en la ciudad y no quería opinar sobre la vida de una desconocida, pero esa compasión altanera me crispaba y me obligaba a decir algo.

—Bueno, hay mucha gente que se casa y tiene hijos y también acaban solos, sin nadie para cuidarles. Los hijos se desentienden, o viven lejos y sus parejas mueren o se separan. No podemos estar seguros de que siempre tendremos alguien sólo por casarnos.

Mi abuela me miró sorprendida:

—No es lo mismo. Los hijos que se desentienden son malos hijos. Si está escrito que pierdas a tu marido lo perderás, pero al menos habrás tenido uno. Sabrás lo que es estar casada, tener una familia. Eso es lo más importante en la vida. Aunque cuando se es joven uno cree que lo será para siempre y que no necesitará nada, llegar a viejo sin haber compartido tu vida con nadie es muy triste.

Seguramente compartió su vida con más de una persona, pensé. El coche ralentizó al internarse en un barrio residencial. No necesité que me indicaran cual era la casa. Podía escuchar el llanto desde mi asiento. Era el sonido de mis pesadillas recurrentes. La voz de las plañideras.

*

Rashida pasó la lengua por el envoltorio, áspera y seca como resultado de los cigarrillos que no dejaba de fumar, y cerró el sobre. *Lo enviaré esta misma tarde. Quiera Dios que este cretino deje de molestarme con su patetismo de amante atormentado.* Estaba cansada de tener que esconder las misivas de Xavier. No había cejado en su empeño de hacerse perdonar, pero lo que él no conseguía entender era que, con su insistencia, solo lograría tornarse más odioso.

Lo había conocido un par de años atrás. Rashida estaba a punto de terminar sus estudios en París. Era una de las pocas chicas magrebíes en medio de una turba de melenas lisas y rubias. Su padre siempre presumía de que su hija había sido de las primeras en ser aceptadas. En las reuniones sociales se crecía explicando la rapidez con la que habían cambiado las circunstancias en escasos años: *ahora nuestras hijas estudian en las mejores escuelas del colonizador.* Rashida no se molestaba en contradecirlo, aunque ganas no le faltaban. Sabía que era parte de un discurso de propaganda que él quería reforzar. *¡El pachá Mohamed Alí te suena de algo, baba? Estudiar con ellos no evitará que interfieran en nuestros asuntos privados, esa es la primera lección que deberías aprender.*

Ella lo había aprendido de mala manera, cuando un compañero de clase prepotente comenzó a explicarle las razones del atraso de los países africanos en una de las reuniones que montaban los jóvenes de izquierdas con los que confraternizaba en exceso, quizás porque calmaban su nostalgia por las charlas de su padre. Rashida escuchaba sin prestar atención, distraída por la carcoma en los marcos de las puertas y los suelos desgastados del piso que compartían Geneviève, Pierre y Clara. Una voz rompió el soliloquio.



—Quizás la chica tenga algo que decir sobre el tema ¿no? —un hombre espigado, enfundado en un jersey de cuello alto con una sonrisa ladina se acercó con pasos lentos y firmes y le tendió la mano—. Xavier.

—Rashida. *Enchantée* —respondió agradecida. Él se sentó en la esquina del sofá, entre ella y Axel, el incontinente verbal que llevaba más de media hora sermoneándola.

— *Qu'il est lourd!* — susurró en su oído. Rashida esbozó una fugaz media sonrisa, preocupada por mostrar una compli- cidad que él aprovecharse para tomarse confianzas. Era una traza indeleble de su educación y del ejemplo de su madre, que nunca abría sus compuertas ni facilitaba la tarea de acercarse a ella. Así conseguía que los demás valorasen cada gesto de afabilidad o de familiaridad, en vez de darlo por sentado. Eso no significaba que fuese arisca, sabía atender con la cordialidad justa a cada una de las personas con las que trataba, pero no era pródiga en su afecto. Tampoco Rashida lo era y, una vez que alguien a quien concedía su intimidad y su vulnerabilidad fallaba, no tardaba en reti- rarlas y en volverse de nuevo inescrutable y distante.

El chico tenía una seguridad que podía llegar a confundirse con arrogancia para alguien que acabase de conocerle. De las diez personas reunidas en ese momento en el salón, todos menos Rashida parecían saber quién era. Axel se había concentrado en su cerveza y, visiblemente molesto por la interrupción, miraba de reojo al recién llegado mientras este contestaba las preguntas de Clara.

Clara hacía honor a su nombre: su rostro era de un tono pálido y se podían intuir finas venas surcando su frente y sus sienas. Medía poco más de metro sesenta. Su pelo fino y rubio ceniza, contrastaba con sus ojos de color miel con motas verdosas. Rashida y ella se habían hecho amigas por pura casualidad, cuando una emergencia femenina las obligó a dirigirse la palabra en el baño de un café frecuentado por universitarios en el barrio de Montmartre. A Rashida le gustaron la espontaneidad y el desenfado en la actitud de Clara y a Clara la atrapó la serenidad que le transmitía el semblante serio pero dulce de Rashida. Desde entonces se habían vuelto inseparables y Clara se encargaba de sacar a Rashida de su residencia siempre que podía e intentaba que participase en todos los eventos que organizaba. Había intuido en ella una fuerza imperceptible para otros, una fuerza que la mantenía con los pies sobre la tierra en cual- quier circunstancia.

Xavier estaba como pez en el agua, se notaba que no le intimidaba ser el centro de atención. Rashida no le había visto nunca con Clara, ni en ninguno de los círculos en los que se movía, pero parecía que todos los demás le conocían de hace mucho tiempo. Clara había ido a buscarle una cerveza. Él introdujo su mano en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó una cajetilla de tabaco. Se giró hacia Rashida y le ofreció un cigarrillo. Ella declinó su oferta con un *no fumo, merci*. Xavier se encogió de hombros y lo encendió.

—Espero que el humo no te moleste —se disculpó.

—Oh, no te preocupes, estoy acostumbrada al tabaco. No me molesta —mintió.

Clara apareció con dos cervezas y las colocó sobre la mesa antes de volver a desaparecer por la puerta. Xavier adelantó la mano y las abrió de un golpe certero contra el borde metalizado de la mesa. Le dio una a Rashida y cogió la otra con un mano, sin soltar el cigarro. Sin saber por qué, Rashida brindó con él. *Santé*. Él se llevó el botellín a la boca y tomó un trago largo, para después dar una calada profunda que liberó una humareda sobre sus cabezas. Rashida mi-

raba indecisa el gollete de la botella. Había brindado y ahora se suponía que debía beber, pero ese líquido amarillento y espumoso que olía a levadura le sugería lo contrario. Un deseo extraño y repentino de agradecer a ese desconocido la impulsó a acercar la cerveza a sus labios. Dio un sorbo. Una arcada profunda sacudió su cuerpo, que se tensó de inmediato. Tenía ganas de vomitar, pero no podía hacerlo allí, no delante de todos. Dejó la cerveza y se levantó torpemente para dirigirse al servicio, sin percatarse de que había pisado el pie de Axel hasta que llegó al lavabo. Abrió el grifo y comenzó a enjuagarse la boca y echarse agua en la cara y en el cuello. Por suerte las arcadas no le habían provocado vómito. *Eso sí que habría sido ridículo.*

Cuando regresó al salón, con un ligero rubor en las mejillas, la conversación seguía como si no hubiera pasado nada. Clara había traído unos aperitivos que ahora mordisqueaba mirando a Xavier, que hablaba de lo mucho que había echado de menos París. Rashida sorteó a Clara y a Axel para sentarse en su sitio. Xavier se levantó para abrirle paso. –Estaba fuerte la cerveza –le dijo guiñando un ojo. El rubor de Rashida se convirtió en sonrojo. No articuló palabra. El reloj dio las ocho. Rashida debía estar en su residencia antes de las diez y, antes de eso, pasarse por la tienda de uno de sus compatriotas que pillaba de camino, para comprar un poco de hierbabuena y poder hacerse el té que se había convertido en un ritual obligatorio para ella desde que dejase su casa y Yamna no le colocase ya un vaso en la mesa en la que estudiaba.

–Tengo que irme, es tarde –anunció en voz alta, y se levantó.

Clara fue a buscarle su abrigo. Aprovechó para despedirse de todos. Axel farfulló algo como que aún era muy pronto, o que no habían tenido tiempo de hablar, pero apenas le hizo caso. Xavier levantó ligeramente el mentón en señal de adiós y abrió la que sería su tercera cerveza. Se encontró con su amiga en la puerta.

–¿Te veré el sábado? –le preguntó a la vez que la ayudaba a ponerse el abrigo.

–No lo sé aún. Ya sabes que tengo unos horarios muy estrictos y cómo son las monjas. Y las fiestas no son lo mío, tanta gente...

–Eso pensaba yo también y hoy no has tenido reparo con ese botellín. La que te tomaste era para mí –Clara rió por lo bajo–, pero si vienes a la fiesta te perdono.

–No me la he tomado, sólo he probado un trago y ha sido suficiente para estar segura de que no me gusta el alcohol ni las fiestas. Y tampoco es que tenga tiempo –Rashida se detuvo al ver la decepción en el rostro de su amiga–. Lo intentaré, te lo prometo. Algo se me ocurrirá.

–Él también estará –Clara ladeó la cabeza señalando con disimulo a Xavier–. Es guapo, ¿no crees?

Rashida no respondió. Le dio un beso en la mejilla y bajo trotando los tres pisos de escaleras que la separaban de la calle. Se preguntó a qué venía el comentario de Clara. *¿Se ha dado cuenta de que me gusta? Espera, ni siquiera yo sé si me gusta. Igual a quien le gusta es a ella.* En realidad, no importaba. Ella no estaba allí para enamorarse ni para adivinar quién era el próximo objetivo de Clara. Su padre se lo había dejado muy claro el día que la encontró en su cuarto haciendo las maletas para el viaje: le brindaba una confianza que pocos depositaban en sus hijas y tenía que hacer buen uso de ella.

–Pequeña, tú vas ahí a estudiar, a ser mejor. No permitas que ningún miserable se regodee de nuestra desgracia ni me

pongas en evidencia por querer para ti lo que yo nunca tuve.

Y ella le había mirado a los ojos y se lo había prometido: Baba, *nunca haré nada de lo que tengas que avergonzarte*. Pensaba mantener su promesa. Su padre no era uno de esos que encierran a sus hijas, no las dejan estudiar o les recuerdan constantemente que el fin último es el matrimonio... Él no. Él era distinto. No se lamentaba de no haber engendrado hijos varones, las chicas eran para él perfectas: sus hijas eran lo que más quería en el mundo. Su madre lo confirmaba cada vez que se quejaba con las visitas de lo mimadas que estaban. *A sy Mohammed tócale hasta los ojos, pero nunca toques a sus hijas*.

*

—¿Cómo vais a casarla con ese ojos de gato?

Esto fue lo único que Latifa acertó a escuchar antes de que su hermana Fatma la empujase hacia el patio, advirtiéndole estaban hablando de cosas de mayores, que la cocina necesitaba un buen barrido, que había muchas cosas por hacer todavía. Habría sido más fácil cerrar las puertas, pero en su casa no las había. Unas cortinas largas, de colores y motivos distintos, sujetas por dos clavos a los extremos eran el único y frágil garante de intimidad.

Ella era la más pequeña de seis hermanas, la última por casar. Si la conversación entre su madre y sus hermanas giraba en torno al matrimonio, era evidente a quién se referían. En esta decisión, así como otras tantas, su padre no participaría; fallecido hacía más de una década, lo único que conservaba de él era una foto sepia en la que aparecía erguido, desafiante y serio frente a la cámara. De sus escasos cuarenta años de vida todo lo que quedaba eran una foto desgastada y una casa demasiado pequeña para siete hijos. Por suerte, había dejado un descendiente varón, consiguiendo que la casa y la foto fuesen para ellas. Y por supuesto, una viuda.

Zahra, madre y encargada desde entonces de la supervivencia del clan, se echó a cuestras el peso de una familia, la virtud de sus hijas incluida. Las niñas, convertidas en huérfanas dignas de compasión, recibieron una educación estricta: en pocas ocasiones pusieron un pie más allá del pozo que había a la entrada de la casa. La única excepción se producía los sábados por la mañana cuando, a menos que lloviese o el tiempo lo impidiese, dos de ellas iban al río junto a su madre y las demás mujeres a lavar la ropa. A pesar de ser una tarea dura, la ilusión por salir, charlar con las chicas de su edad y cantar, la convertía en apetecible a sus ojos. Y había algo más, algo que nunca decían, pero todas sabían. Esas salidas eran la ocasión perfecta para que las madres del pueblo y, con suerte, los hijos se fijasen en ellas. No era raro ver a algún hombre paseando del otro lado del río o parándose a saludar a una familiar mientras lanzaba una rápida mirada a todas las muchachas que, arremangadas las manos y las piernas, cubierta la frente de gotas de sudor y con los pies descalzos pisoteaban la colada. Zahra, que era consciente, llevaba siempre a las dos mayores, para seguir un orden. Su plan funcionaba: las cuatro mayores estuvieron casadas antes de cumplir los quince. La belleza de las hijas de Zahra no pasaba desapercibida. Sus melenas largas y negras, aunque tapadas con un pañuelo que se anudaban bajo la nuca, se entreveían en la frente y las patillas, sus pestañas rizadas, sus piernas contorneadas y sus ojos penetrantes eran del agrado de todos. Tenían fama de dóciles y nadie había escuchado al pasar por el caminito que bordeaba su casa un grito, una discusión. En fin, una delicia o, como les gustaba decir a los vecinos cuando hablaban de ellas, mujeres de raíces dulces.



CARLA M. NYMAN

Palma de Mallorca. 1996

Vive. También escribe. A veces hace teatro. Es graduada en Filología hispánica en la Universidad de Sevilla, donde ha formado el grupo de teatro amateur “Estoy Lorca” con la ayuda del Aula de Cultura. Ha estrenado cuatro obras: *Esperanza* (2014), *Federico (muerto de amor)* (2015), *La luz ciega* (2017) y *Mientras la puerta siga cerrada* (2018). Además, ha escrito cuatro guiones cinematográficos. Uno de ellos, *ZERØ*, fue premiado en el Festival Films In-Fest de Palma de Mallorca. Con Ediciones en Huida ha publicado *El libro de Lucy*, su primera novela corta, y *Dos arbolitos locos*, una traducción de los poemas infantiles de Lorca.

Este año en la Fundación Antonio Gala ha estado trabajando en dos obras de teatro que ahondan en la ficcionalización del espectador, la dicotomía entre artificio y naturalidad y la idea del “teatro como mundo”. También prepara un poemario titulado *Elegías para un avión común* y una novela que explora la sexualidad femenina desde el fetiche y el sadomasoquismo.

Dos poemas de *Elegías para un avión común*

I

Solo los niños entenderán
con los ojos cerrados y sonrientes
Por más oscurecido que sea nuestro paso
ellos buscarán con el dedo
como si persiguieran una hormiga
la luz precipitada en los surcos del asfalto
Solo ellos han entendido
cómo un caracol se enrosca a un muro roto
Vaciarán monederos y harán nidos con sus telas
para conservar pájaros caídos como piedras de los árboles
Y se habrán tropezado y sin embargo confiarán en los lunes
en esta despreciable forma de incorporarse

Y es hermoso ahora que ya no somos niños
sabernos extinguidos
mirar hacia atrás y escuchar trinos en los castaños
Es otra forma de entender que hemos dejado de querernos
(o hemos empezado a amar de modo muy distinto)
Aun así amanece
y es el mismo sol pero algo más enfermo



II

Déjame entrar déjame internarme en este canto
que se agota que es agua sin manantial
una fuente sin caño
Déjame beber saciar una sed que no es de agua
quitarme desnudarme el mundo que golpea
que sufre bajo los pies
Los pies siempre se ensucian
la cabeza está limpia una higiene que es mentira
Abajo el dolor un grito que está en el aire
y que no se oye por costumbre
Suena al estertor de nóminas números automóviles
que transportan a individuos
y fuera el mundo en movimiento
y fuera la vida un pestañeo una pestaña que molesta en el ojo
Y a quién contarle a quién contarle todo este silencio
a quién decirle oye ven mírame y mira lo que has hecho
Pero me consuela el amor
escuchar cómo suave la luz nos cae desde arriba
cómo la lluvia es nuestra
cómo el agua que no tengo
que no aguanto
que es esto que se derrama y se me agota
otra vez al menos veo
durante un minuto
un segundo
cómo canta en tu cuerpo



Extracto de *Árbol quemado*

Un foco amplio sobre ADA, que ha entrado con el palo selfie por el extremo izquierdo y comienza a dar vueltas alrededor de la sala, grabándose. Después de unos segundos, ADA baja el brazo, cansada.

ADA — Me duele el brazo. Tienes razón, Claudio. ¿Podré bajarlo algún día? ¿Podré bajarlo? Pero qué desconsuelo no poder permitírmelo. Si hubiera algo, si pasara algo entre mi brazo y el mundo... Hay tanto vacío que no puedo arriesgarme a bajar el brazo hasta que ocurra algo, aunque me duela. Cuando las cosas sucedan, cuando no haga falta levantar el brazo para provocarlas, entonces me moveré por mí misma. Por ahora debo aguantar este trasto arriba y con él mi dolor.

Sigue dando vueltas.

ADA — De vez en cuando tengo la impresión de que, si no estuviera atrapada de esta forma, si pudiera bajar el brazo sin miedo, saldría volando como un globo. Saldría volando como un globo o el temblor de esta tierra me desataría para dejarme marchar. Se rompería el suelo y saldría volando como un globo.

Baja el brazo, de nuevo cansada.

ADA — ¡Claudio! ¡Claudio! ¿Tú podrías pedirme que bajara este brazo? ¿Tú podrías decirme cómo puedo continuar sin este trasto?

Lo vuelve a levantar.

ADA — Pero debo continuar. Continuar grabando, quiero decir.

Extracto de *Nadie ahí fuera*

Oscuro. CHICO enciende la linterna y la acerca hacia una de las paredes. Hay un pequeño boquete con una flor blanca. Temblando, alarga el brazo para tocarla. No se atreve. Aparta la mano y cae rendido en el suelo. Pausa.

Entra TOFO con su peluche de cabra en una mano. Deja en el suelo el peluche. Se detiene al ver a CHICO tendido.

TOFO — Chico, ¿qué te pasa?

CHICO — Tofo...

TOFO se aproxima despacio. Asombrado, mira la flor. Lo encuadra con las manos.

CHICO — Allí, al otro lado hay alguien, Tofo, yo lo sé. En otro teatro, en otro mundo, en otro tiempo, encima de un escenario parecido al nuestro, que nos escucha y siente lo que sentimos. Presentan su obra, su vida, como lo estamos haciendo aquí tú y yo, arriesgándose a que se abra algún día esa puerta. Tal vez estén llorando, tal vez rían a carcajadas. Yo las presiento como el aleteo de la mariposa que tuviste un día en las manos. Si el teatro tiene el poder de reunir a la gente, que así lo haga, y que no sea mentira.

TOFO se sientan al lado de CHICO.

TOFO — Yo también lo pienso, Chico. No creo que estemos tan solos.

CHICO — Pero es que luego...

TOFO — ¿Qué pasa?

CHICO — ¿No te sientes de vez en cuando como un pasajero en un tren de juguete? Nos miran, todos nos miran, no como niños, sino con esa curiosidad malsana. Ojalá fueran niños y quisieran jugar.

TOFO — Pero eso es porque vivimos sin presente, con la nariz aplastada en el cristal de un tren que corre muy deprisa. *(Pausa)* Habría que volver a la naturaleza... *(Abraza su peluche)* Yo solo quiero una cabra. No tengo mayor ambición que esa. Quiero vivir limpio, ligero. Fuera me siento pesado. Letras, nóminas, ¿qué es eso? Un campo, una rama, el viento entre los árboles y una cabra. Cuidarla, prepararme mi propia leche, despertarme y desayunar queso. Tener mi huerto, mis tomates. Decir “¡qué feliz soy con mis tomates!”. ¿Qué más necesito, Chico? No quiero más preocupaciones que esa. Una cabra.

Silencio



Extracto de *Cielo Roto*

Después de recogerse el pelo, minimiza la página de Word. Ha escrito once páginas desde el primer encuentro. Pactan repetirlo una vez por semana, el resto de los días solo se limita a limpiar sobre un suelo astillado, que Brais quiebra y ensucia a su gusto, de formas muy diversas. Ella asume las heridas abiertas en su piel como una señal de progreso. Abre el navegador y busca la página web. Todos los martes vuelve al piso. El paño es en cada ocasión más áspero, duro, ella lo enjabona con suavizante, arranca las durezas, los insectos pegados a la tela, pero Brais se ocupa de volver a embrutecerlo unos minutos antes de su llegada. Nombre de usuario y contraseña. El juego es muy sencillo, la destrucción es una forma de creación, después de todo, dice él. Le asegura que solo está parafraseando a Graham Green. ¿Has leído *Los destructores*? Nosotros somos esos niños que *destrullen* los billetes y la casa, y solo *salvan* el fuego. Ella lo entiende así. Todos los días de limpieza se lleva una nueva huella en el cuerpo. La huella dactilar de Brais, imagina. Enciende la web cam y se pone en pie: su cuerpo al desnudo, blanco, cruzado por líneas torcidas, heridas estiradas sobre la piel, como marcadas con pintalabios. La destrucción es una forma de creación, repite Celeste. Y las cicatrices tienen la eternidad del arte. Infligirse dolor, abrir heridas, como pintar o escribir. Un libro se moja, un lienzo arde. La piel muere, pero queda la marca, arrugada, incluso bajo la tierra, en la tumba; en un crematorio lo último que se enciende es la línea de la cicatriz.

Su brazo derecho tiene un lunar inclinado, urdido antes de nacer, mientras flotaba en el vientre de alguien desconocido hasta el momento de la luz. Solo un signo fortuito, vacío. Nada que ver con la mancha roja que se alarga en su codo. Una marca hecha a propósito, en el momento escogido, una señal, una baliza que define un cuerpo y lo distingue de otro.

Delante, en la luz que parpadea en la cámara, unos centímetros por encima de la pantalla, el ojo de Brais, y al otro lado: el resultado satisfactorio a través del ojo de Brais.



RAKO

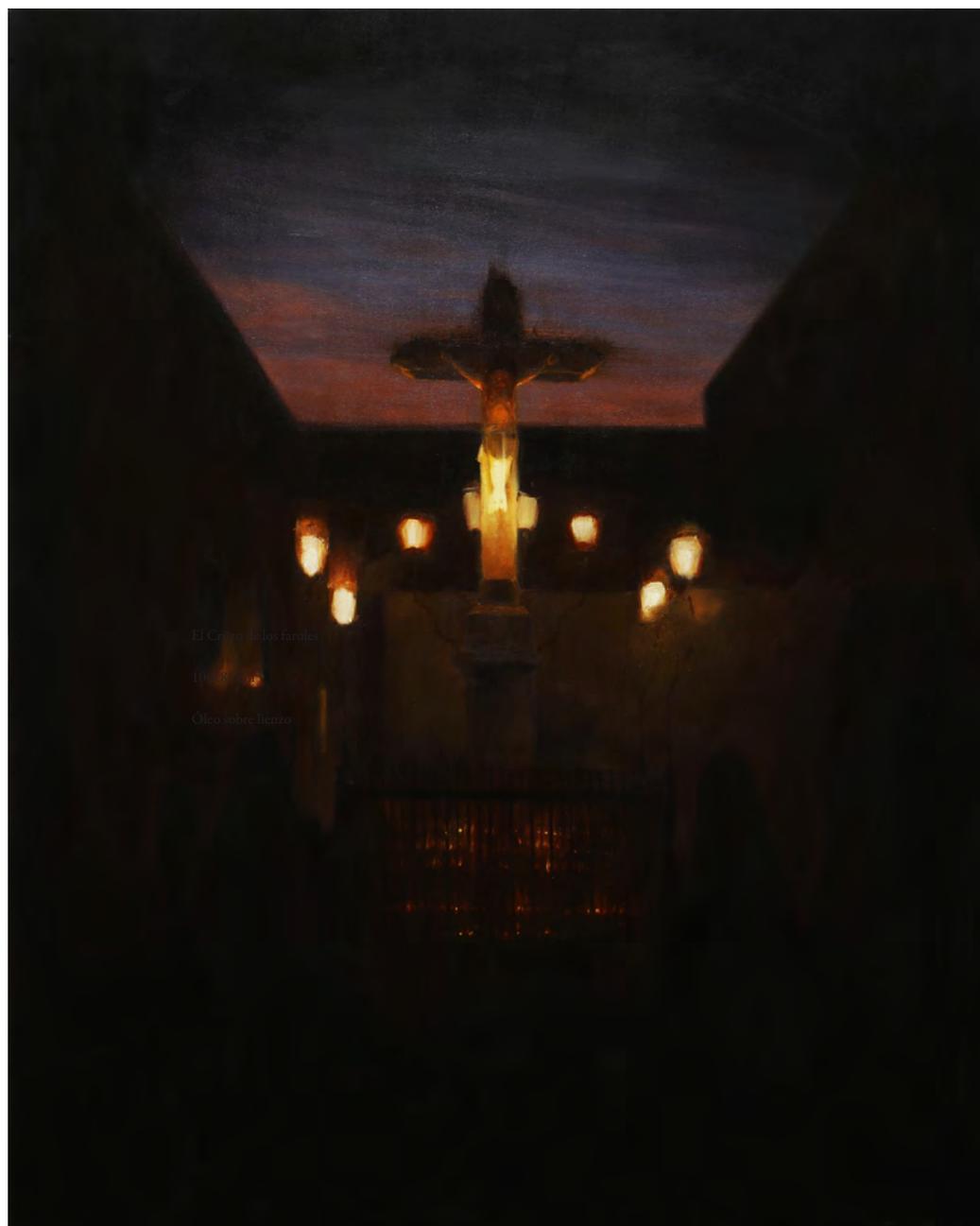
Cadreita, (Navarra). 1992

Estudió en la Universidad del País Vasco el Grado de Bellas Artes y posteriormente un Master especializado en Pintura.

Ha expuesto de manera individual así como colectivamente en salas como Civivox Iturrama en Pamplona, Sala Araba de Vitoria, Poca Gallery en Bilbao o Sala Municipal de exposiciones de Barakaldo. En 2017 ganó el segundo premio del Certamen de Pintura organizado por el Hotel Carlton de Bilbao y posteriormente en 2018 el primer premio.

En un primer momento acude a Córdoba atraído por su riqueza arquitectónica, que conecta directamente con su obsesión por la piedra y la capacidad de ésta de reflejar el paso del tiempo. Pero durante su estancia es la noche de Córdoba y su luz la que cobra un mayor protagonismo, nutriendo su imaginario y generando una serie de escenas en las que nos muestra una visión llena de misterio. Su trabajo queda materializado por una serie de pinturas y dibujos de carboncillo que nos muestran su peculiar visión de la ciudad de Córdoba





El Cristo de los faroles

1911

Óleo sobre lienzo

El Cristo de los faroles
100x81 cm
Óleo sobre lienzo





El ascenso
57x40 cm
Carboncillo sobre papel



Detalle exterior de una iglesia
30x21 cm
Carboncillo sobre papel



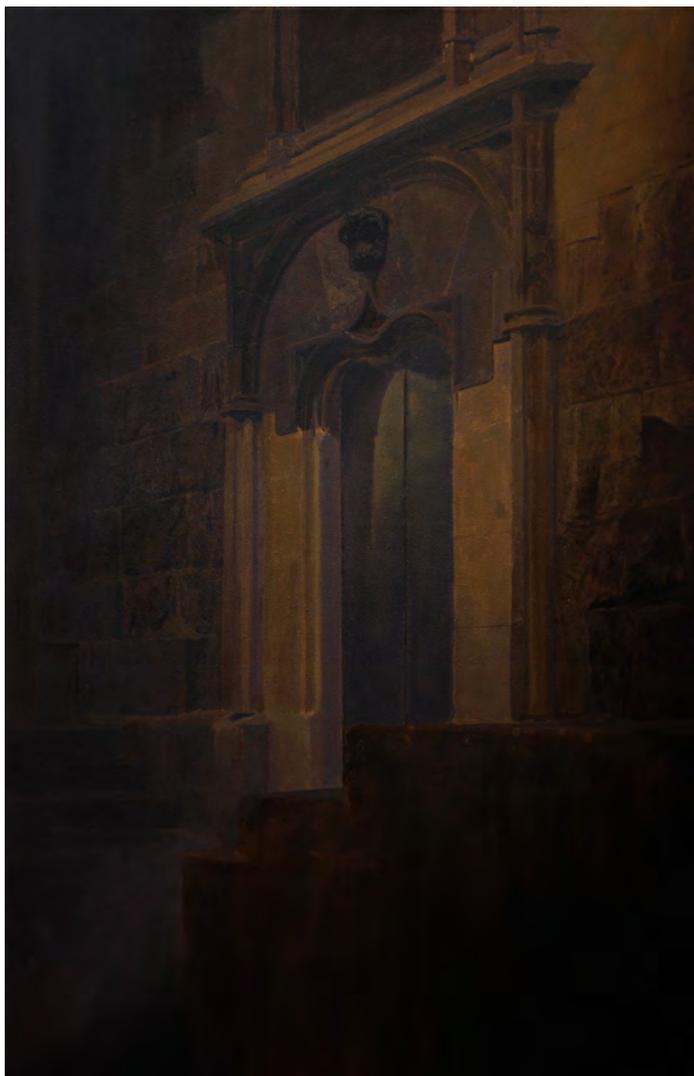


En el interior de la catedral
30x21 cm
Carboncillo sobre papel

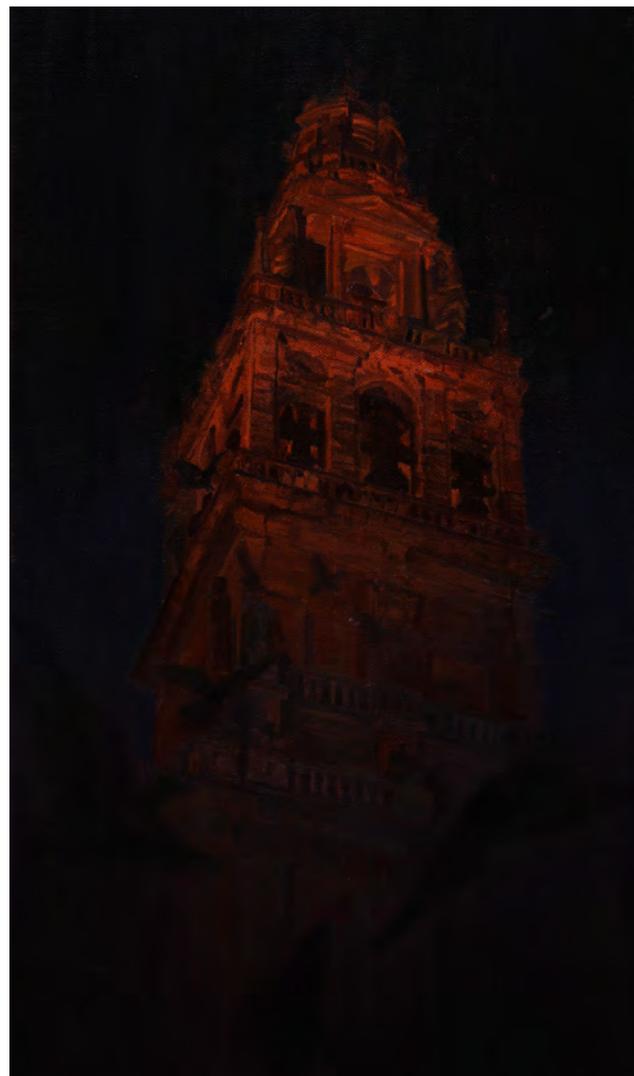


En el interior de la catedral II
30x 21 cm
Carboncillo sobre papel



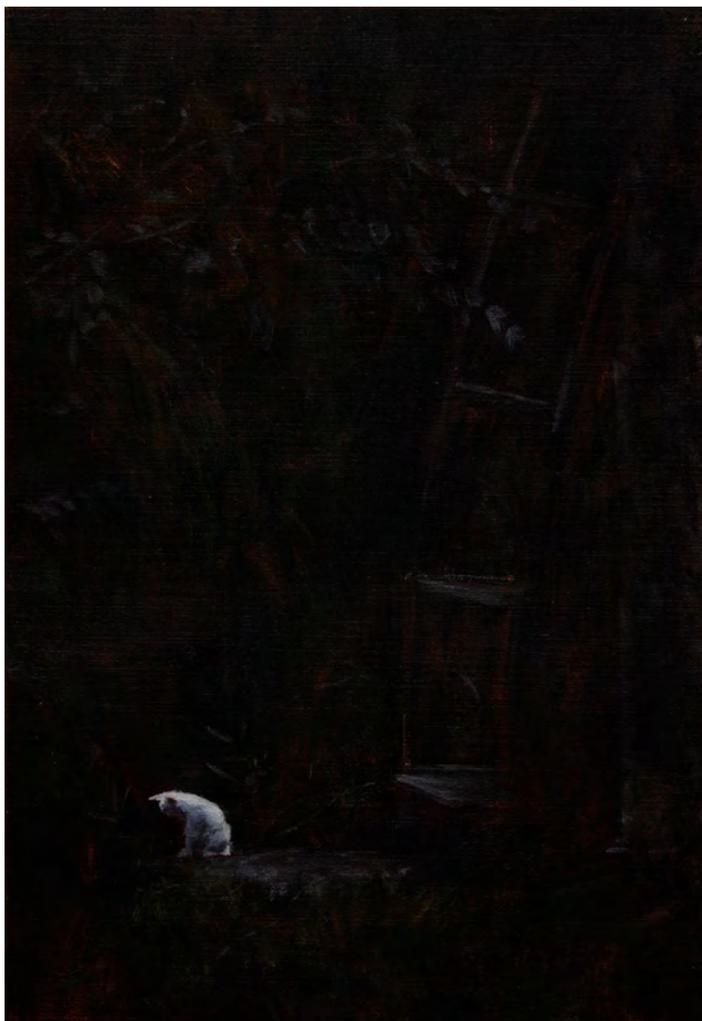


La otra entrada
100x65 cm
Óleo sobre lienzo



Cae la noche
55x33 cm
Óleo sobre lienzo





El molino de los gatos
29,3x20,4 cm
Óleo sobre papel canson figuras



Estudio de color para "Desde el tejado"
10x15 cm
Óleo sobre papel canson figuras



Nocturno nº1
10x15 cm
Óleo sobre papel canson figuras





ENRIQUE JAVIER SANZ ZAMORA

Marchena (Sevilla). 1992

Graduado en Bellas Artes en la Universidad de Sevilla (2015), un año después realizó el Máster de Producción Artística Interdisciplinar en la Universidad de Málaga (2017).

Recientemente ha participado en exposiciones como INT 17 Proyectos máster de producción artística. Málaga(2018), en la IV feria Arte Aparte. Cáceres(2018) o en Scarpia XVII. “La construcción de la imagen”. El Carpio. Córdoba(2018). También ha ganado premios como el VII premio de pintura Marqués de Guadalcanal.

Durante su estancia en la Fundación Antonio Gala centra su trabajo en la investigación pictórica para entender cómo opera la pintura en diferentes estados y plantear la necesidad de la misma en la actualidad. Para ello, parte de cero de todo lo aprendido, volviendo a los orígenes de la pintura: paisaje, figura y objeto. A través de estas tres familias, aborda la pintura con diferentes planteamientos técnicos en función del cuadro. Huyendo de la estructura de trabajo en serie, en la que el artista sigue una misma línea estética.



Bodegón con litrona
65 x 54 cm
Óleo sobre lino



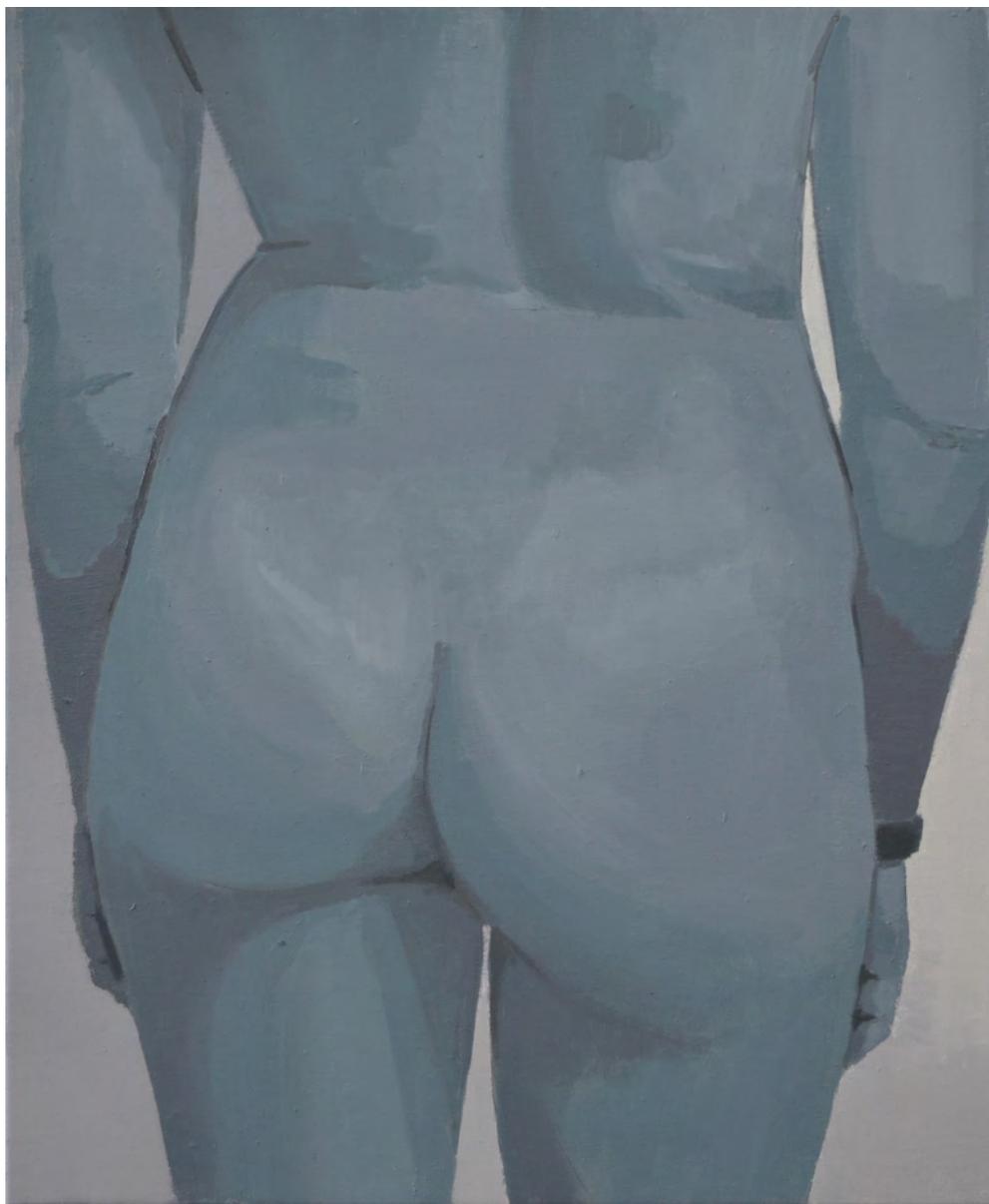
Serie paisaje S/T
Óleo, acrílico y spray sobre lino
35x22cm





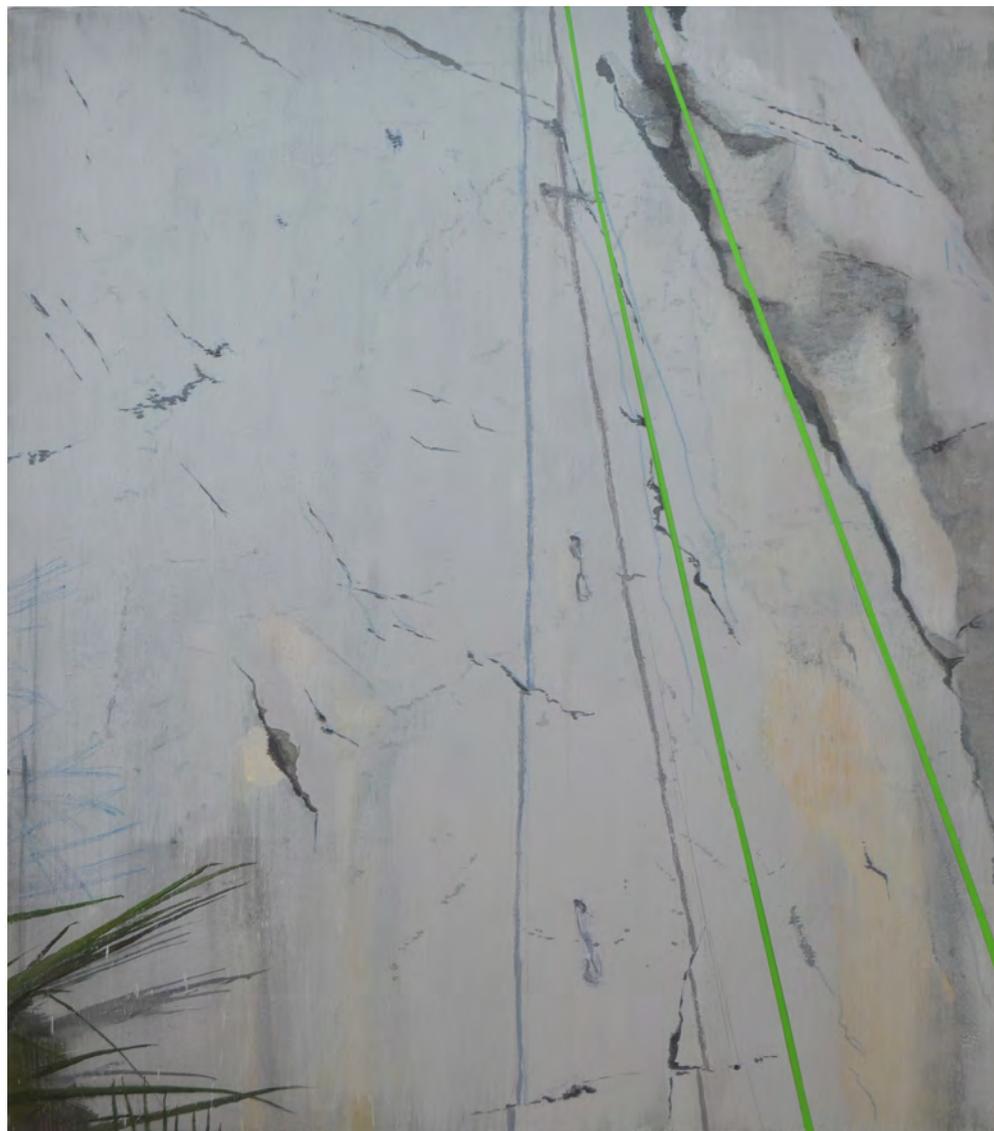
Serie paisaje S/T
Óleo, acrílico y spray sobre lino
35x22cm





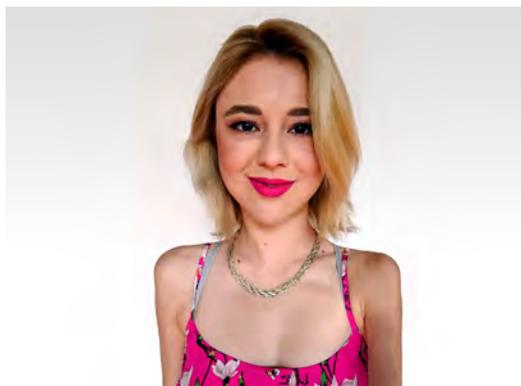
Culo azul
Óleo sobre lino
61x55cm





Árabe perdido
Óleo, spray sobre lino
180x160cm





IRENE SARAVIA ENRECH

Madrid. 1996

Graduada en Diseño Visual de Contenidos Digitales por U-tad (Universidad de Tecnología y Arte Digital) de Madrid. Desde muy pequeña comenzó a explorar el arte en casi todas sus disciplinas, con especial interés en la escritura creativa, aunque, en parte debido a su perfil profesional, se considera una artista multidisciplinar. Irene cuenta con más de cinco años de experiencia en talleres de escritura, tanto de relato corto como de novela. Ha ganado varios premios, como los otorgados por Cadena SER (1er Premio: VII Certamen Literario “SER Peter Pan; un siglo en Nunca Jamás” en 2012 y 3er Premio: X Certamen Literario “SER Vampiros; 80 años de Drácula en español” en 2015) y fue 3er finalista del Concurso Literario #illycuenta, organizado por illycaffè y La Fábrica en el contexto de Festival Eñe 2017.

Sus estudios universitarios, paralelamente a un año de prácticas como diseñadora gráfica y web en Telefónica, dotan a Irene de una sensibilidad artística de corte y un dominio de las nuevas tecnologías que le permiten dialogar de tú a tú con el lector contemporáneo. Por tanto, no es de extrañar que se haya inclinado hacia la fantasía urbana. Esa creatividad se ha visto reflejada en sus relatos cortos, en ocasiones efectistas, otras, salpicados de referencias cruzadas que, a la postre, terminan encajando. También se caracterizan por su ambientación histórica.

Pantherion es su primera novela, una oportunidad única para que Irene se exponga a sí misma sin filtros ni inhibiciones. Con ella, aspira a conectar con el lector, compartir con él aquello que le apasiona y demostrar todas las posibilidades que ofrece la fantasía apoyada en el mundo real como género adulto.

1587 ~ Villa Farnese, Caprarola, Italia

Otra invitación, otro banquete. Otro asesinato en potencia. Un día como cualquier otro, en lo que a Cornelia concierne. Ya ha renunciado a llevar la cuenta. A parte de Francesco I de' Medici y su radiante segunda esposa, ella es la única que jamás se los pierde. Es indispensable, a la par que invisible. La asistente a quien todos ignoran y traspasan con la mirada, como si no estuviera. De hecho, también ella hace por no estar. Se encuentra aquí en cuerpo, pero no en mente. Su psique está puesta en su último perfume, que ha dejado macerando en el laboratorio antes de partir. Tiene suerte de que *il Granduca* sea un mecenas tan generoso de las artes y los oficios, permitiéndole contar con un reducto dentro del mismo para sus propias creaciones. Aunque, en verdad, no es un precio muy alto a pagar a cambio sus servicios. Lo que ella hace no podría hacerlo nadie más. Le ha salvado la vida en tantas ocasiones... Y eso que su señor no se ha enterado ni de la mitad. «Qué digo», admite, «ni de una décima parte». Pero es un hombre bueno. Cornelia tiene razones para estarle eternamente agradecida. «La lealtad comprada no es auténtica lealtad», le susurra una vocecilla en su cabeza. Cornelia la reconoce; es la voz de esa esclava por la que Francesco pagó la indecorosa cifra de trescientos ducados. Se ve que tenía *algo*, una luz especial. ¿Que si llegó a atisbar su verdadera naturaleza? Difícilmente. Lo más probable es que se sintiera conmovido por aquella niña famélica, de mirada ausente y cabellos rubios y enmarañados. No ha cambiado mucho, de un tiempo a esta parte. Salvo que ahora es ella quien le protege.

Abre los ojos, algo confusa hasta recordar dónde pasado la noche e, instantes después, sus labios también florecen como una camelia que pide ser regada. Se dirige al tocador y bebe unos sorbos de agua fresca, que termina de llevarse el regusto al festín de la jornada anterior. Ahora sí que está despierta. Cornelia cepilla sin mucho éxito su espesa melena lisa y trigueña, con reflejos tan pronto dorados bajo el sol como cobrizos a la luz de las velas. «Como siempre, parece un nido de golondrinas», se resigna. No obstante, merecería la pena si con ello lograra sacarle a Simona, la cocinera, un amago de sonrisa a colación la próxima vez que le diga que sólo tiene pájaros en la cabeza. Luego atraviesa, con su característico andar de puntillas, apenas flotando, las diferentes estancias de la planta inferior, directamente excavadas, cual nichos, en los grosores de los muros. Están construida en roca peperina, una variedad volcánica típica de la región de Viterbo, grisácea y veteada, similar al mármol. Toda la *villa* recuerda a un enorme mausoleo. El *apostentador* del cardenal Alessandro Farnese le ha adjudicado una de las peores habitaciones, nada que ver con las de los pajes de los otros eclesiásticos. Incluso de día, queda sumida en la oscuridad más densa y viscosa; aunque lo

que más le repulsa es el dichoso hedor a moho. Siempre ha sido muy sensible al olfato. A él le debe su talento para la perfumería y también el otro, aquél que la ha traído hasta aquí.

Cornelia tiene un don: es capaz de detectar la presencia de veneno en cualquier sustancia y purgarla con un mero roce. No ha de hacer ningún esfuerzo. Las toxinas se encienden a sus ojos como un enjambre de luciérnagas. Se asemeja al *Panellus Stipticus*, un hongo traído de tierras lejanas y que adquirió en la Loggia del Porcellino, a fin de que uno de sus perfumes más efectistas, de nombre *Smeraldo selvatico*, brillara en la oscuridad. También le recuerda a un faro, a uno en concreto. El único que ha tenido la *suerte de ver*. Aunque fuera noche cerrada, apenas llegara al ojo de buey y la tempestad zarandeara la galera con una confusión refleja a la que ella sentía por dentro, aquella luz entrecortada se quedaría grabada en sus retinas para siempre. «Pero de eso hace ya mucho tiempo...», se dice. «Ahora soy una dama». En realidad, es mucho más que eso. Oculta en su interior una criatura eterna y poderosa -en ocasiones más que ella misma-, cuya pureza la desborda en un cuerno que nace de su frente y sólo Cornelia puede ver. Tiene forma de espiral, es casi tan largo como su torso y emite el resplandor tenue y satinado de la seda venida de Oriente.

Sin pretenderlo demasiado, su deriva le ha llevado frente la pintura *Dama col liocorno*, firmada por Luca Longhi. Se trata de un retrato de Giulia Farnese, abuela del anfitrión, a punto de tocar un unicornio. No es pequeño como el de Raffaello, sino fuerte, igual que ella se imagina al suyo. Cornelia no cree casual que mujer y bestia tengan más o menos el mismo tamaño; sino una forma de equilibrarlas, de manera que ninguna se imponga sobre la otra. Se pregunta quién será de las dos. «Ambas», resuelve. «Soy el unicornio y también la dama, compartiendo un mismo cuerpo». Le sorprende su parecido con la retratada. Giulia es rubia, de tez rosada y tierna cual melocotón maduro. Liviana, etérea. Y, en el cuadro, yace sobre unas telas como si las leyes de la Naturaleza no fueran con ella y no pesara en absoluto.

- Algún día, este lienzo será mío -murmura Cornelia, aunque se da cuenta de que no es lo que intenta decir.

Quiere más. Siempre lo ha querido. Contempla a la dama, cuya sensualidad no hace por esconder ni la atención por desviar y descubre que su resistencia a admitirlo es parte del problema.

» Algún día -empieza de nuevo la frase-, seré yo la inmortalizada.



1925 ~ París, Francia

Quinn Mare no esperaba que su llegada a París estaría pasada por agua. Sus mejores -y únicos- zapatos de tacón, estropeados; el cabello, recortado con navaja al estilo *flapper* en los aseos de la Gare d'Austerlitz, enmarca su rostro con forma de corazón. Y qué decir del maquillaje... La gruesa línea de *khol* corre ahora por sus mejillas empolvadas de talco. «*Quel dommage!*». Si Quinn buscara su reflejo en alguno de los charcos que ya no se molesta en esquivar, éste le devolvería el esbozo en carboncillo de una muchacha sonrosada. Con todo, Montmartre está más vivo que nunca. Quinn escucha cómo bombea agua de lluvia a través de las arterias de sus calles, disolviendo la mugre acumulada. Su latido llega a cada rincón del barrio. Está en el golpeteo de las contraventanas. En las luces de los cafés que nunca duermen y se reflejan en los adoquines mojados. También está en las farolas, solemnes testigos a su paso por la Rue Lepic. Y en los toldos a rayas que, cuando sopla el viento, se convierten en olas. El *Moulin Rouge* vomita panfletos de cabarets a través del Boulevard de Clichy; mientras que el viento arrastra desde la Place du Tertre un sinfín de hojas de arce. Las dos corrientes -de aire y arte- van a parar a un callejón sin salida, el Passage Depaquit, donde estalla una guerra civil entre vástagos del árbol. *Avant-garde* y tradición. Sendas armadas se enzarzan en remolinos que, cual constelaciones, suplen la ausencia de estrellas en el cielo encapotado.

Dicen que la lluvia agudiza los sentidos. Y debe ser cierto, pues Quinn Mare se siente como inmersa en un cuadro. Del que no es protagonista. No es sino una mera superviviente a la brutalidad, la intensidad de la escena; a las sacudidas de sus, más que pinceladas, brochazos. La paleta del pintor es gris, azul y violácea, con algunos destellos de color. Entre los que no se encuentra Quinn. Ella es experta en camuflarse con el entorno y pasar siempre desapercibida. No deja de ser una quimera, a su pesar y beneficio. «Más pesar que beneficio», se lamenta por costumbre. «Aunque eso está a punto de cambiar». Será la lluvia, que se lleva sus desdichas; será la excitación de estar en París o la posibilidad de empezar de cero. Pero, por primera vez en mucho tiempo, Quinn confía en la suerte. Enfila hacia el sur, bordeando el cementerio, y, sorprendiéndose a sí misma, pega un salto para chocar sus talones en el aire como una bailarina de claqué.

La librería *Shakespeare & Company* no tiene nada en especial, es más, casi desentona por su austeridad entre los cafés que se valen de flores, luces y música en vivo para llamar la atención de los viandantes. Sin embargo, después de conocer de primera mano la filosofía del lugar, Quinn entendería por qué no lo necesitaba. Ya contaba con un grupo de lectores -no tanto compradores, para indiferencia de su dueña- asiduos y, definitivamente, el prototipo de *enfant terrible*, merodeador nocturno que se deja caer de bar en bar hasta que ya no puede ponerse en pie, no es la clase de persona que podría formar parte de él. Tampoco es que Quinn tenga muchas alternativas. Ahora mismo, su única preocupación es resguardarse de la lluvia. Una vez despojada de su *glamour* cinematográfico, ésta se ha revelado como un insidioso comité de bienvenida al que espera pegar esquinazo entre los estantes de la librería. Nada más traspasar



el umbral, Quinn es golpeada por el contraste entre el asfalto gris y enmohecido y el calor del hogar que chisporrotea en el centro de la estancia con tanto brío que teme por los tomos que se amontonan a su alrededor, ocultando por completo las paredes. «Si es que las hay...», ironiza Quinn. Con todo y con eso, titubea antes de extraer un ejemplar de *El amante de Lady Chatterley* -cuya lectura creía prohibida- de un puesto especialmente temerario.

- *Don't worry, baby* -señala una voz ronca con marcado acento americano-. Hoy no es el día.

- ¿Perdone?

Debe rondar los cuarenta años y va vestida con una chaqueta de *tweed* de corte andrógino que le queda un par de tallas grande. No es de extrañar que su presencia le haya pasado inicialmente desapercibida, pues ésta dota a su figura de una rectitud más literal que figurada y que le permite camuflarse entre las verticales de las estanterías. En su mano derecha languidece un cigarrillo.

- El día en que todo *esto* –recalca con un ademán que dibuja en la alfombra una aureola de ceniza, dándole a entender que no está hablando sólo de los libros- se venga abajo. Cuando quieran caerse, se caerán. Y, hasta entonces, ¿por qué preocuparse?

1950 ~ Kolymá Gulag, Rusia

Llegan pasada la medianoche. Wladek finge dormir mientras les observa con los párpados entrecerrados; sus rostros pálidos y angulosos se le asemejan a los fantasmas que ya son para el mundo más allá de la alambrada. Y en los que no tardarán en convertirse. La esperanza de vida no tiene sentido en el *gulag*, pues ambas palabras quedan fuera de su vocabulario. «Kolymá znáchit smert», fue la primera lección que aprendió. *Kolymá* significa muerte.

Wladek aguarda con la mirada fija en una araña que teje su tela entre dos vigas del techo, con la paciencia de aquél que lleva tanto tiempo esperando que no le importa demorarse un poco más. «La espera es necesaria», piensa. Tiene algo de purgatorio. Wladek se encuentra en su terreno; erosiona, siempre persevera, es como el agua o como el viento. En ello radica su fuerza. No en su constitución musculosa; ni en su altura, por encima de los dos metros; ni en sus manos, capaces de rodear el cuello de un hombre y doblarlo como si no fuera más que una brizna de hierba. A esa araña, sin embargo, le bastaría con mirar hacia abajo para concebir la diferencia. Dos filas con ocho pares de literas cada una, todas ellas ocupadas por cuerpos recogidos en posición fetal. Todas menos la suya. Segunda lección: la forma menos dolorosa de distribuir el cuerpo en las planchas de madera es dormir de lado con la rodilla al pecho y un brazo bajo la cabeza. Wladek agradeció el consejo a su compañero de litera -aunque no demasiado, no fuera a



empatizar con él o entonces tendría que matarle-, para acto seguido tumbarse boca arriba. «Mañana habrás cambiado de opinión...», murmuró éste en un extraño dialecto. Cinco años y cientos de vértebras amoratadas después, Wladek es el único que yace con el cuerpo extendido y los pies colgando por el borde de un catre demasiado pequeño. La madera terminó por ceder lentamente; se amolda ahora a la forma de sus huesos como una segunda piel.

Con el *vory* no fue tan fácil. Fueron a por él un par de noches más tarde, cuando supusieron que el duro trabajo forzado ya le habría hecho mella. Pero Wladek se defendió, con más uñas que dientes, calculando cuánta destreza podía mostrar sin que se dieran cuenta de que no era humano. La noche siguiente le mandaron al doble de hombres, con el mismo resultado: su victoria se leía en la cantidad de dientes desperdigados por el suelo. Podrían haberle atacado masivamente, pero las autoridades sólo hacían la vista gorda si los asuntos del *vory-v-zakone* eran llevados con discreción. Además, tenían otras maneras. Le robaron los zapatos, le cambiaron el hacha por otra de filo romo. Sobornaron a los guardias para que le enviaran a las laderas más escarpadas y sólo recibiera comida si trabajaba veinte horas diarias. Como si ésta fuera a servirle de algo. Un *wurdulak* sólo se alimenta de la sangre de sus seres queridos y ya se ha encargado Wladek de acabar en un lugar atestado de criminales de poca monta, maleantes y asesinos, donde difícilmente vaya a encariñarse de nadie. En cuanto al trabajo físico, no le importaba; es más, agradecía despejar la mente de todo salvo el latido rítmico de la herramienta contra el árbol. En lo que otro *muzhiki* -que era como llamaban al resto de presos-, habría necesitado varias docenas de golpes, Wladek lo hacía en media. Y entonces podía descansar. Se reclinaba contra el tocón, hundía los pies en la nieve y se permitía pensar en su familia. O en Katia, con quien, algún día, soñaba formar una nueva y propia. Cuando vieron que no podrían con él, quisieron que se uniera al *vory*. Los castigos llegaron a su fin tan bruscamente como empezaron. Wladek intentó seguir con la rutina, tan sólo deseaba que le dejaran cumplir apenado con su pena, ser un recluso en reclusión. Pero pronto comprendió que, si el *vory* se interesaba por él, no había forma de mantenerse al margen. O estaba con ellos o contra ellos. Ya había decidido rehusar. Que vinieran a por él; es más, casi lo esperaba con ganas. Le pillarían trabajando. Levantó el hacha y, durante los siguientes minutos, se empleó en arremeter contra un pobre abeto con la suerte de encontrarse en el lugar y en el momento equivocado. No llegó a escuchar el ruido sordo del tronco contra la nieve; se había quedado absorto mirando la herida abierta del tocón. Uno de sus anillos presentaba una anomalía que se propagaba hacia sus homólogos exteriores, suavizándose cada vez más hasta volverse imperceptible. Lo que desde el centro a esa parte era una sucesión de círculos concéntricos, de repente hacía una curva extraña y protuberante. Un observador inexperto comentaría que era como si el árbol se hubiera dado un golpe y le hubiera salido un chichón. No andaría desencaminado; Wladek lo sabía: aquel año, al abeto se le había caído una rama. Y, como con cualquier pérdida, el que la sufre trata de adaptarse, recubriendo su herida de capas y capas de madera y soledad; que le aíslan del mundo o tal vez protejan a éste de la savia -de la rabia-, corrosiva que alberga en su interior. Pese a todo, se había recuperado y su último anillo volvía a ser tan perfecto como el primero -como el que le puso a Katia la última vez que la vio, antes de marcharse a la guerra-. Pero Wladek no le envidiaba. No iba a permitir que la memoria de su amada, ni la de su familia, se perdieran bajo la corteza, como si nunca hubiera ocurrido. No, no les dejaría morir de nuevo. Wladek iba a recordarles, aunque doliera, y ese dolor alimentaría su fuerza.



GERARD SERRA

Barcelona. 1993

Es un escritor, traductor y editor nacido en Barcelona. Ha trabajado como periodista en prácticas en empresas de ámbito internacional, como locutor de radio en emisoras locales y actualmente dirige una editorial especializada en la difusión del humor.

Estudió Literatura en la UDLAP (México) y Humanidades en la Universitat Pompeu Fabra. En 2017 obtuvo, por unanimidad del jurado, el XLI Premio Félix Francisco Casanova en la categoría de cuento.

Su proyecto en la Fundación Antonio Gala trata sobre todas las cosas. Gerard cree que sus cuentos deben explicarse por ellos mismos. Sus relatos rozan los propios límites del género.



LOS OJOS MÁS AZULES QUE HAYAS VISTO EN TU VIDA

Las paredes están cubiertas de un papel azul celeste excepto en los planos en los que la propia luz del cielo se ha comido los pigmentos que hacen de estos planos de un color tan vívidamente azul como el cielo. Los sofás de terciopelo rosa —piensa Edu— parecen mandarinas alargadas. Esta es la primera vez que visita un restaurante chino y lo hace con sus padres, con los cuales apenas se habla. Y ya ni siquiera recuerda por qué no se habla con ellos. Pero Edu, como cualquier otro niño, se queda fascinado la primera vez que ve y que siente los fideos de arroz, que son como los tentáculos de las medusas o como las conexiones neuronales. Y también se queda fascinado la primera vez que siente el pan de gamba en su boca, que es algo así como el Peta Zetas oriental (porque Edu asume que los chinitos no tienen nada similar al Peta Zetas). Edu da por sentado muchas cosas: da por sentado, por ejemplo, que la selección japonesa de fútbol es imbatible, que cuando les da por hacer acrobacias ninja no hay quien pueda con ellos, que son capaces de oír el vuelo de un moscardón en el campo de fútbol vecino. Pero lo que Edu no sabía es que los orientales casi siempre acompañan la taza de té verde humeante con una galleta de la fortuna. Y sus dedos pequeños se acercan veloces a la taza de té verde de papá y se adelantan a los dedos todavía más pequeños de Abi. Y Abi empieza a hacer pucheros y papá le promete que la recompensará con un postre. Pero se da el caso de que en el restaurante chino solo tienen lionesas congeladas (da fe de ello un camarero vestido con una especie de camisa de satén negra) y papá dice que la nata congelada no vale nada y Abi llora. Porque una galleta de la fortuna no es algo que pueda compartirse. Eso lo saben Edu y papá y mamá. Y mamá no quiere meterse en líos. A mamá se le ocurrió la idea de ir a un restaurante chino un domingo por la noche para no tener que cocinar, para no tener que fregar sartenes. Y no quiere líos. Y Abi no quiere *otra* galleta de la fortuna: quiere esa. La que el jodido egoísta de su hermano se ha guardado con recelo en el bolsillo. La misma que llevará encerrada en el puño y este, a su vez, en el interior del bolsillo de sus pantalones hasta llegar a casa. Y cuando llegue a casa, se desvestirá en el baño, girará el pomo del agua caliente de la bañera y esperará a que esta se llene y a que se enfríe un poco. Su padre le gritará a través de la puerta que el agua sale cara. Edu se meterá en la bañera con la galleta envasada en polipropileno flotando en el agua, justo entre sus piernas infantiles. Y cuando la abra y la desmenuce y las migas crujientes se humedezcan en el agua caliente, una tira larga de papel se desplegará de forma zigzagueante y una de sus puntas se mojará por descuido u omisión. Pero esas minucias a Edu no le importan porque sabe que la perfección es cosa de imbéciles. Sabe que el hecho de que la fortuna esté mojada no cambiará nada. Y la lee.

Te escribo desde Chinatown, San Francisco. No sabes nada de mí, chaval. Nací en China y soy escritor. Esto que vas a leer es solo una traducción, pero soy uno de los escritores de fortunas más afamados de



los Estados Unidos. Tengo un Rolex (aunque suelo llevar un Casio con correa de silicona porque odio el tintineo metálico del Rolex mientras escribo en el teclado). Espero que me disculpes por lo de la traducción, pero me gustaría aprovechar para confesarte, si no lo sabes ya, que la perfección es cosa de imbéciles.

Voy a contarte tu vida, chaval. Pero antes déjame decirte que está bien que no te hables con tus padres. Que no debes sentirte culpable. Ni siquiera a ellos debes culparlos.

Ahí te va: Vas a hacer un viaje muy largo y te enamorarás y ella va a corresponderte. Olerá a Paris, de Yves Saint Laurent. (Es una niña bien.) De vez en cuando le regalarás algún frasco. La chica tiene los ojos más azules que hayas visto en tu vida. Que no te preocupe jamás ser un mal estudiante, porque vas a serlo. Arrancarás los hígados de tus profesores. Conocerás a una chica inteligentísima y seréis mejores amigos y solo eso. Su padre traficará con diamantes. Dejarás a la chica con los ojos más azules que hayas visto en tu vida, y la próxima vez que te acuestes con ella te parecerá demasiado delgada y sus pupilas pequeñas y frías. Tu mejor amiga reñirá con su padre y viajará a un país de clima ártico, donde servirá cervezas hasta reventar. Y cuando reviente lo hará de una sobredosis de anfetaminas o algo por el estilo. Tú te mudarás de nuevo a tu país y dejarás la universidad (pero está bien que la hayas empezado. Empiézala y luego déjalos colgados). Cuando te enteres, a través de los medios más insólitos, que tu amiga 1. ha muerto 2. se ha quitado la vida y 3. se ha suicidado empezarás a tener pesadillas. Soñarás que te invita a fiestas tan suntuosas y extravagantes como a las que te había invitado en vida y que después de vómitos y de cigarrillos en las moquetas sacará de su bolso de piel de cocodrilo un frasco de perfume (que sorprendentemente coincidirá con el modelo Paris, de Yves Saint Laurent), lo pulverizará detrás de la oreja y le pedirás explicaciones y te dirá que ese es *exactamente* el frasco de perfume Paris de tu ex, que no tenía tan buen gusto y que sus ojos ni siquiera eran tan azules como tú los habías pintado. Pero en vigilia *ella* estará muerta y tu exnovia seguirá viva y viceversa. Así que, de algún modo, ambas estarán vivas y muertas alternativamente. Ya sé que es algo raro, pero hazme caso, chaval, porque estas cosas, cuando pasan, pasan. Te convertirás (y lo harías incluso sin haber tocado un solo lápiz en toda tu vida) en un poeta. Ingresarás en una pomposa residencia de jóvenes genios y conocerás a la chica más delirantemente hermosa que hayas visto en tu vida. Una chica tan hermosa que ni siquiera ella se reconocerá en una cara bonita. Una mujer tan bella que las demás mujeres la miren y tengan que esforzarse en buscarle defectos. Y no llegarás ni siquiera a morderle el cabello. Y cuando lea este mismo cuento,



que es *mi* fortuna pero también es *tu* cuento, se sonrojará y se reirá de su osadía y no sabrá si hablas en serio o si te estás riendo de ella.

Cuando tengas treinta años serás reconocido como uno de los poetas más sensibles de tu país y de tu generación. Y te casarás con una mujer normal y tendréis un perro y una hija. (Que no te dé miedo ser padre, por favor). Entonces caerá en tus manos un ejemplar mal traducido de un verdadero poeta. Un extraño heredero de la poesía de Bashō. Uno que no siguió sus pasos pero que buscó lo mismo que él buscaba, y lo halló. Y verás que nada de lo que hayas hecho habrá merecido la pena. Peregrinarás en su búsqueda —con ánimo pero sin desesperación— y el destino te llevará hasta las faldas del monte Fuji y, una vez allí, frente a una modesta cabaña, hallarás un hombre hirsuto que sin duda será un *verdadero* poeta. Y ese poeta será yo, y te reconoceré y te besaré la frente y, cuando lo haga, me confundirás con Dios.

Edu terminó de leer la fortuna, se quedó dormido y el papel se deshizo en el agua caliente que ya había dejado de estar tan caliente. Lo despertaron los golpes en la puerta de su padre, que gritó así como Edu joder, que el baño no es solo tuyo. Seguro que el suelo está hecho una mierda. Luego se acostó, con el pelo todavía mojado.

En una oficina mugrienta de Chinatown (San Francisco) un tipo gordo con los ojos rasgados y el ácido úrico por las nubes se levanta del escritorio. Acaba de escribir un texto en Word. Lleva dos relojes, uno en cada muñeca. Ambos son Rolex y están enteramente chapados en oro. Su vida, presiente, está a punto de dar un giro. A él también le espera un largo viaje.



Érase un camello sin palacio.
Érase un camello no intercambiable por mujeres extranjeras.
Érase un camello sin jorobas.
Érase un camello que jamás había pisado el desierto.
Érase un camello que no aparecía en las cajetillas de cigarrillos.
Érase un camello que no vendía droga.
Se sabía que era un camello porque sus amigos
le decían “eh, tú, camello”.

En piscinas más azules que las tuyas
en aguas más transparentes
puedo ver las ingles de tu madre
(pero solo las ingles)
sin un solo vello.
Y me apetecería besarlas.

La cabeza del flotador de *flamingo*.
Deshinchado. En el fondo.



Lo llaman Willie el Sietegafas.
En el bar,
en su casa,
en el parque
cuando lo ven sentado leyendo
(y en realidad ni siquiera lee).
Solo cuenta las motas de polvo
que tiene entre las siete gafas.
Y parece que lee.
Y en realidad está sordo y está ciego,
pero es el único que ha contado
todas las motitas de polvo.

Todos deberíamos amar
a Willie el Sietegafas.





PAULA VALDEÓN LEMUS

Badajoz. 1992

Graduada en el Máster de Investigación en Arte y Creación de la Universidad Complutense de Madrid y en Bellas Artes por la Universidad de Salamanca.

Selección: Art<35 Fundació Banc Sabadell 2018/Beca AlfaraStudio, Salamanca 2016-2017/ XVIII Certamen Jóvenes Creadores, Salamanca, Tercer premio Fotografía, 2018/. Exposiciones : *Otra Restitución*, programa “Displaced” en Hybrid Art Fair, Madrid, 2018; *Presencias de Ausencias* en Lemon y Coco, Cáceres, 2017; Colectivas: XXII Certamen Jóvenes Pintores, Fundación La Gaceta, Salamanca, 2018; *The Host*, Hybrid Festival en Hotel Petit Palace Savoy, Madrid, 2017; Alfara Studio 2016, Palacio de La Salina, Salamanca, 2017; Art’s/Art Sevilla 2016 (Stand UCM); Just Mad 7, COAM, Madrid.

Su obra tiene a la vida ordinaria y al habitar como eje de acción y reflexión. *Unconscious*, es un proyecto que reflexiona sobre inconsciente arquitectónico y su plasticidad a partir del encuentro con el material doméstico en ruina de la ciudad de Córdoba. Así, a través del dibujo, la pintura y la instalación pretende crear un entramado capaz de hacer que simples materiales domésticos en ruina y escombros desaten recuerdos y vivencias personales y se conviertan en mapas vitales, en símbolos de la rehabilitación constante de los objetos y conectores entre espacios, vidas y tiempos diferentes.





Serie S/T
Óleo y grafito sobre lino
32 x 25 cm (cada uno)





Ambrosio de Morales, 20
Óleo y cerámica sobre lino
100 x 116 cm





C/. Horno del Cristo (Otra casa nº5)

Óleo y grafito sobre lino
50 x 32 cm (cada uno)



Otra cocina
Óleo, grafito y cerámica sobre lino
105 x 150 cm (Detalle)





GUILLERMO VELASCO PÁEZ

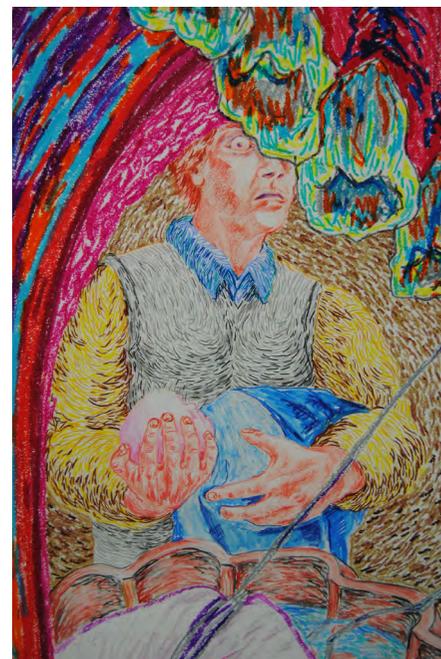
Palma del Río (Córdoba). 1992

Es un artista plástico cordobés, estudió Bellas Artes en la Universidad de Sevilla (2012-2016), consecutivamente trabajó como Colaborador Adjunto en el Departamento de Dibujo donde tomó contacto con la docencia. Realizó en 2018 el Máster en Producción Artística Interdisciplinar en la Universidad de Málaga para continuar complementando su formación académica y expandir los conocimientos con los que enriquecer su producción.

El proyecto que ha desarrollado durante su estancia en la Fundación Antonio Gala se ha fundamentado principalmente con la elaboración de un diario de imágenes que construye realizando un estudio de su rutina donde lo cotidiano, lo novedoso y la propia experiencia del artista son decisivos para la creación de las imágenes que forman su proyecto pictórico. El período de tiempo que ha permanecido creando durante la residencia y los acontecimientos vividos han hecho posible que la temática original se ramifique y contamine nutriéndose para crecer hacia nuevos intereses que han movido constantemente su investigación y creación plástica. Todo ello ha acabado otorgando una identidad propia a las obras donde los resultados son imágenes muy visuales que beben directamente del imaginario personal del artista y se interesan por la cultura Lowbrow, Toy art, neoexpresionismo y surrealismo pop, connotaciones al imaginario colectivo, la cultura pop en todas sus vertientes (cine, series animadas, cómic y revistas) entorno a las generaciones de los 80 y 90. Con un acabado que se acerca a la publicidad, la ilustración, el cómic y el grafiti, una estética kitsch y antiestética pretendida, la pintura acaba sometida al grafismo y al dibujo empleando el papel como soporte. Dentro de la temática ha tratado además una visión adulta, grotesca y satírica sobre el mundo infantil, la educación del niño y el juguete como fetiche.



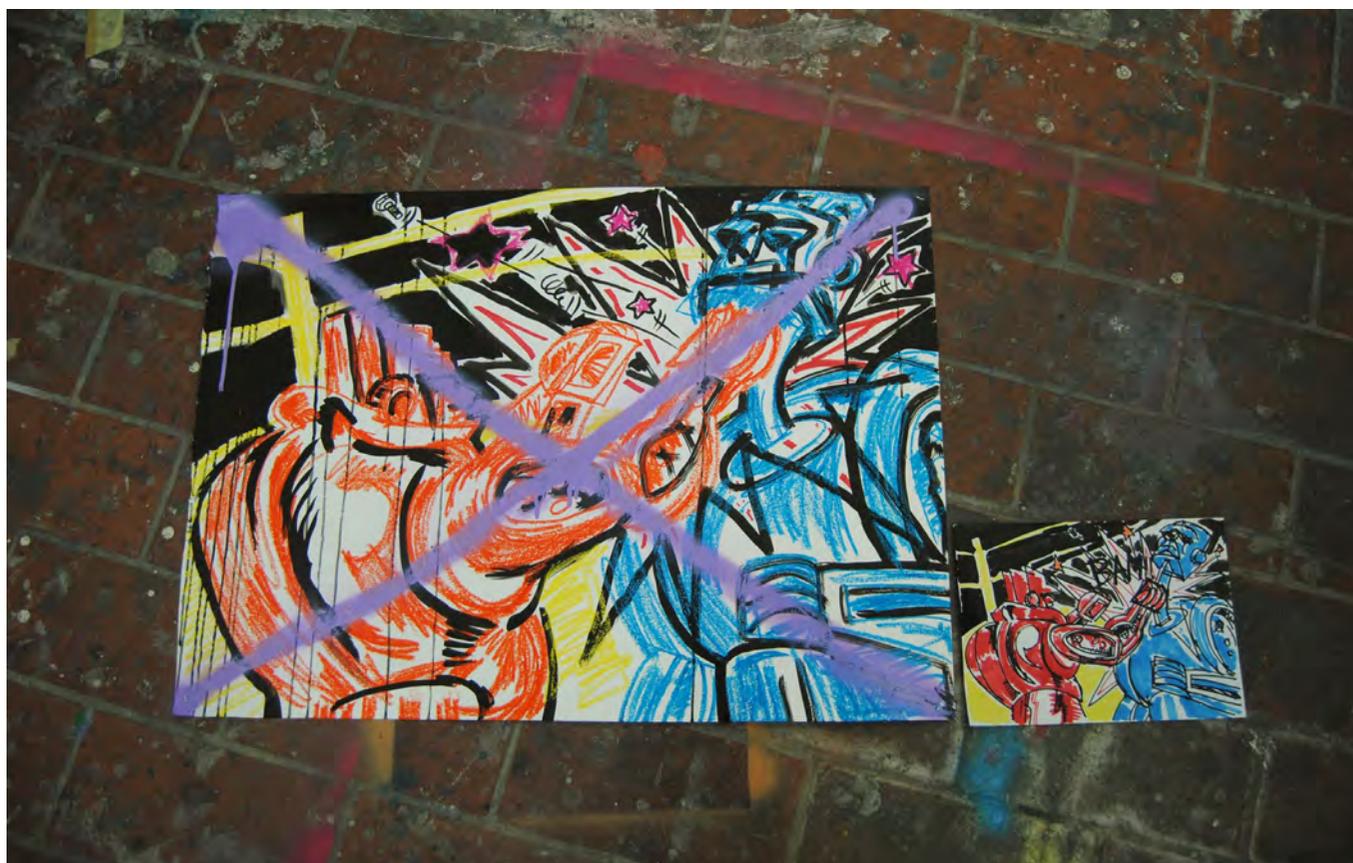
El amarillo
Mixta sobre papel
152 x 120 cms.



Preparando homilia (Detalle)
Míxta sobre papel
152 x 120 cms.

Preparando homilia
Míxta sobre papel
152 x 120 cms.





Brain Damage
Mixta sobre papel
60 x 82 cms. - 21 x 29 cms.





Autorretrato
Mixta sobre papel
36 x 27 cms.



Juguete

Terracota, spray, acrílico y rotulador
27 x 23 x 2 cms.

